

CRISTIANDAD

AÑO SANTO DE 1950



“UNIDOS TODOS A NOS EN LA PLEGARIA”

EL PAPA INTIMA A TODOS LOS CRISTIANOS A UNA MOVILIZACIÓN GENERAL

«A nadie es lícita la indolencia, a nadie la inercia, nadie se entregue al ocio mientras se padecen males tan grandes, mientras tales peligros amenazan, mientras los que están enfrente se esfuerzan por socavar los mismos fundamentos de la religión católica.»

EL PAPA LLAMA A TODOS LOS CRISTIANOS A UNA CRUZADA DE ORACIÓN

«...Como quiera que las fuerzas humanas son ineficaces si no se apoyan en la divina gracia, os exhortamos encarecidamente a iniciar una como Cruzada de oraciones para impetrar los oportunos remedios para los males presentes.»

**PUBLICACIONES
CRISTIANDAD**

OBRAS PUBLICADAS:

Unidad católica y tolerancia de cultos

Carta Pastoral
del Excmo. y Rvdm. Sr. Obispo
de Barcelona

(Agotada)

Hacia el Cuarto Año Jubilar

10 pesetas

Catolicismo o barbarie

por José-Oriol Cuffí Canadell

35 pesetas

Al Reino de Cristo

por la devoción a su Sagrado Corazón

Documentos Pontificios
Texto castellano

30 pesetas

Edición latino-castellana

45 pesetas

EN PRENSA:

Sor María del Divino Corazón

**Fábrica de Hilados y Tejidos de Algodón
en GIRONELLA**

Salvador Fusté Teixidor



Despacho: Plaza Universidad, 8, Pral.

Teléfono 21 26 30

BARCELONA

Chocolates y Bombones

“PINAR”

FABRICADO POR

LUDOMAR, S. L.

CRISTIANDAD

REVISTA QUINCENAL

Suscripción:

Anual 100'— Ptas.

Semestral . . . 50'— »

Trimestral . . . 25'— »

Número ordinario . . . 5'— ptas.

Encuadernar 25'— »

Tomo encuadernado . . 125'— »

TEXTIL DALMAU

FABRICA DE TEJIDOS DE LANA
ALMACEN DE TEJIDOS DE ALGODON

ESPECIALIDADES PARA COMUNIDADES RELIGIOSAS

Teléf. 2923

San José, 3

SABADELL

Editorial de Música BOILEAU

Provenza, 287

BARCELONA (9)

Teléf. 27 51 36

HORNO DEL CISNE

PASTELERIA Y CONFITERIA

Pelayo, 38 - Consejo de Ciento, 312

Paseo de Gracia, 42 - Vía Augusta, 277

BARCELONA

Teléf. 21 54 33

La Cruzada actual

«La pérdida de nuestros ejércitos considero que ha sucedido por disposición de la divina Providencia, para que, derrotados mientras estuvimos armados con armas ajenas a la Iglesia, volvamos a las propias y con ellas triunfemos. Nuestras armas son la piedad y religión, la rectitud de vida, las oraciones y deseos presentados a Dios, el escudo de la fe y las armas de la luz. Si a ellas volvemos, así como con las armas que no son las propias hemos sido inferiores a cualquier adversario, así con las nuestras podremos triunfar de todo enemigo».

Con estas palabras predicaba la Cruzada contra los Turcos, al inaugurarse en mayo de 1512 el Concilio ecuménico de Letrán, un hombre ilustre: Egidio Canisio de Viterbo, que algún tiempo después había de levantar tras de sí el entusiasmo del pueblo español al proclamar en nuestra patria la guerra santa contra el enemigo de la Cristiandad.

Pronunciadas en los tiempos en que decaía ya en Europa aquel ideal, las palabras de Egidio de Viterbo son expresión ejemplar del espíritu adecuado a la predicación de una Cruzada. Por esto las encontramos ahora de tan vital actualidad.

* * *

Hoy ciertamente no tendría sentido, en las presentes circunstancias del mundo, esperar en que se sirviese con eficacia a su salvación con una empresa guerrera. Pero el espíritu que transformó el guerrero bárbaro en el caballero cristiano, el espíritu que animaba las Cruzadas de siglos pretéritos no ha perdido su actualidad por ello.

Se nos pide de nuevo con mayor urgencia que nunca una movilización general del pueblo cristiano. Una lucha total en todos los campos. De este despertar de la conciencia cristiana, depende la suerte del mundo. Nos lo ha advertido en solemnes ocasiones el Papa Pío XII (1):

«Presten su ayuda — dice en la Encíclica «Anni sacri» (2) — con su decidida y experta actividad los que militan en los ejércitos de la Acción católica. A nadie le es lícita la indolencia, a nadie la inercia, nadie se entregue al ocio mientras se padecen males tan grandes, mientras tales peligros amenazan, mientras los que están enfrente se esfuerzan por socavar los mismos fundamentos de la religión católica y del culto cristiano. No se dé nunca en el futuro que «los hijos de este siglo sean más prudentes que los hijos de la luz» que jamás sean menos activos éstos que aquéllos».

Pero la característica de esta Cruzada actual es que no puede ya consistir esencialmente en una actividad de orden natural. No ya sólo una empresa guerrera, toda otra actividad esencialmente humana: lucha política, acción social, prensa, etc., está en desproporción con la magnitud y gravedad de los problemas del mundo actual.

Los católicos que pusieran desordenadamente su ilusión en estas armas para superar a sus adversarios, pasarían pronto a engrosar la masa de los que creen que no hay remedio posible para los males presentes, o por lo menos que no está en su mano trabajar para salvar al mundo de males tan ingentes y peligros tan angustiosos.

(1) Pío XII. Mensaje pascual del año 1948.— Véase CRISTIANDAD n.º 98 págs. 170-171.

(2) El texto íntegro de esta Encíclica está reproducido en las págs. 164 y 165 del presente número.

Ello nos llevaría a la indolencia y a la inercia. Y el Papa nos dice en cambio una vez más que «ha llegado la hora de la acción». He aquí lo que la Dirección del Apostolado de la Oración nos advierte al proclamar la Cruzada internacional de Oración y Penitencia (3):

«Nosotros los católicos conocemos los principios que llevan a procurar la salvación del linaje humano. Y debemos trabajar con todas nuestras fuerzas para que se reconozcan y pongan en práctica, así en la vida privada como en la pública.

»Mas la experiencia nos enseña que, de momento no es posible obtener en la vida pública tal reconocimiento práctico de la doctrina de la Iglesia.

»Nos falta algo todavía que es necesario para lograr la victoria de Cristo.

»Este requisito imprescindible es la oración».

La Cruzada radicalmente sobrenatural que puede salvar el mundo es pues Cruzada de oración. «La oración es el único medio de salvación» nos dicen al proclamarla. «Sólo una legión de orantes puede dar la paz al mundo» dijo también el Sumo Pontífice (4)

Y en la Encíclica «Anni sacri» después de las palabras que antes citamos nos exhorta:

«Como quiera que las fuerzas humanas son ineficaces si no se apoyan en la divina gracia por esto os exhortamos encarecidamente a iniciar entre los fieles una Cruzada de Oración para impetrar del Padre de las misericordias y Dios de toda consolación los oportunos remedios para los males presentes».

* * *

En esta Cruzada se nos pide nuestra colaboración y nuestra entrega al amor omnipotente del Corazón de Cristo «manifestado en alto a las naciones como bandera de paz y caridad y como presagio de no dudosa victoria en el combate» (5). «Dios y la Iglesia para estas extraordinarias aflicciones nos ha dado la devoción al Corazón sacratísimo de Jesús», «remedio que puede y debe traernos la victoria y el triunfo de Cristo».

Si una consideración naturalista y en el fondo orgullosa de nuestras fuerzas humanas nos lleva a desesperar de todo esfuerzo por la salvación del mundo, la humilde y confiada aceptación del mensaje del Corazón de Jesús nos llena de seguridad en la victoria. En la fuerza sobrenatural de la Iglesia recibida de El, tenemos nuestras verdaderas armas.

Esto nos llena a la vez del sentido de la responsabilidad que tenemos contraída ante Dios «por nosotros mismos y por los hombres de nuestra época». Porque los hijos de la Iglesia católica que sigamos este llamamiento, deberemos convencernos—sean cualesquiera nuestras cualidades y medios naturales—de que sólo nosotros podemos salvar el mundo.

Porque sólo el Corazón de Cristo puede salvarle.

F. C.



(3) Véase CRISTIANDAD n.º 138.

(4) CRISTIANDAD n.º 113 pág. 325.

(5) Enc. «Misericordiamus Redemptor», véase «Al Reino de Cristo por la devoción a su Sagrado Corazón», pág. 188. Publicaciones CRISTIANDAD.

SUMARIO DEL PRESENTE NUMERO

EDITORIAL: **La Cruzada actual** (págs. 153 y 154).

EN EL CUARTO AÑO JUBILAR: **Ecos de la Cruzada** (pág. 155).

El sentido de Cruzada en Iñigo de Loyola, por el P. Ramón Orlandis, S. I. (págs. 156 a 158).

Ante la Europa amenazada, por Luis Creus Vidal (págs. 158 a 162).

Un santo y un héroe, por María Asunción López págs. 162 y 166).

Anni Sacri, Carta Encíclica de Su Santidad el Papa Pío XII (págs. 164 y 165).

Una cruzada sin cruz, por José-Oriol Cuffi Canadell (págs. 167 y 168).

La opinión pública y la prensa católica. Discurso de S. S. el Papa al Congreso de prensa católica, celebrado en Roma (págs. 169 a 171).

Beatificaciones en el Año Santo, por Roberto Coll Vinent (págs. 172 a 174).

Codicia de riquezas (pág. 174).

Orientaciones bibliográficas, por Luis Luna (pág. 175).

DE ACTUALIDAD: **Radiomensaje del Papa a los niños católicos norteamericanos**, — **Los católicos mejicanos disuelven una manifestación protestante**. — **Comunistas, protestantes y masones**, por J. O. C. (pág. 176).

NOTA: Los artículos Ante la Europa amenazada y Un héroe y un santo tienen por objeto ayudar a la comprensión de los hechos y el ambiente en que vivía Europa en la última mitad del siglo XV y primera del XVI, lo cual lleva a entender las circunstancias en que germinó el espíritu de la Cruzada de Iñigo de Loyola.

ECOS DE LA CRUZADA

LA VOZ DE LOS PRELADOS

BARCELONA

Acogiendo con fervor esta Cruzada de Oración que procedente de la Dirección General de Roma llega hasta Nós por conducto de la Dirección Nacional del Apostolado de la Oración en España, recomendamos vivamente a nuestros sacerdotes y fieles que se unan a esta Cruzada de Oración y practiquen devota y constantemente lo que ella propone a todos indistintamente, y a todos recomienda.

Del celo de nuestros amadísimos sacerdotes, y en especial de nuestros queridos párrocos, esperamos que darán a conocer y con santa insistencia recomendarán a los fieles esta nueva obra tan meritísima y prometedor, para que, inscritos en ella el mayor número de fieles, sean muchas y muy apremiantes las preces que se dirijan al Corazón de Jesús, para pedir al que es el propiciatorio de nuestros pecados el perdón de los nuestros y de los de todo el mundo, reparemos las injurias inferidas al Divino Corazón, Dios abrevie los días de aflicción y de miseria y se acelere el triunfo del Reinado de Cristo.

Barcelona, 18 de noviembre de 1949.

† EL OBISPO

VALENCIA

A los Rvdos. Párrocos, Consiliarios de Acción Católica, Directores de Centros del Apostolado de la Oración, Congregaciones Marianas, y demás Asociaciones piadosas de la Diócesis.

Venerables Hermanos: En Nuestro Boletín Diocesano fecha 15 de noviembre último, y por disposición Nuestra, se publicó la proclama de la Dirección General del Apostolado de la Oración, invitando a una Cruzada de oración y penitencia durante el Año Santo.

Repetidamente hemos manifestado Nuestro deseo de que el Año Santo sea verdaderamente año de penitencia y oración: medios los más eficaces para impetrar de Dios los fines que pretende la Iglesia al establecerlo.

Por ello, pues, os exhortamos a que toméis con todo empeño la implantación de esa Cruzada en vuestras Parroquias y Asociaciones, para cuya realización damos las normas siguientes:

Los fines que pretende deben ser estos tres principales:

- 1.º Implorar del Señor, por intercesión de la Santísima Virgen, el perdón de los pecados propios y de todo el mundo.
- 2.º Que se abrevien los días de persecución de la Santa Iglesia en muchas naciones.
- 3.º Que se acelere el triunfo universal de Cristo.

Pueden inscribirse en ella todos los fieles que, además de cumplir sus obligaciones ordinarias como cristianos, se comprometan a ofrecer oraciones y practicar actos de caridad y mortificación FUERA DE LO ORDINARIO, por los fines indicados.

A facilitar y reglamentar su práctica ayuda el establecer tres categorías, cuyo compromiso no obliga bajo pecado:

Tercera categoría: La constituyen aquellos que se comprometan a oír, además de las Misas de obligación en domingo y fiestas de precepto, una Misa entre semana, y a comulgar también una vez entre semana con espíritu de reparación; a rezar diariamente el Santo Rosario, ya en privado, ya en común; a practicar cada semana alguna obra de caridad o mortificación, verbigracia, limosnas, obras de apostolado, dejar diversiones aun honestas, sufrir con paciencia cristiana las contrariedades y privaciones.

Segunda categoría: Los que se comprometan a todo lo de la tercera, y, además, a oír Misa y comulgar diariamente por los fines de la Cruzada.

Primera categoría: Incluye las dos anteriores y añade el compromiso de hacer oración mental todos los días durante quince minutos a lo menos, de tener semanalmente media hora de vela y oración ante el Santísimo Sacramento expuesto o reservado, de asisir mensualmente a una Hora Santa, bien se celebre públicamente en alguna iglesia, bien se tenga privadamente ante el Santísimo expuesto o reservado. Se puede suplir con la adoración nocturna.

Los que deseen inscribirse deben comunicar su nombre y categoría del compromiso al Párroco, Consiliario o Director del Centro o Congregación, llenando para ello el correspondiente boletín de inscripción que deberá serles facilitado. Asimismo deberán facilitarse hojas impresas para anotar los actos que se vayan ofreciendo mensualmente, cuyos datos, una vez recogidos, se remitirán al Secretariado Diocesano del Apostolado de la Oración (Cadirers, 2, Valencia) que cuidará de formar las estadísticas para su publicación y para ser enviadas a Roma al terminar el Año Santo.

Imploramos todos con ahinco. Venerables Hermanos, las gracias y misericordias de Dios sobre la Santa Iglesia, sobre España y sobre el mundo entero; trabajemos por que lo hagan también los fieles en gran número y con gran fervor, muy especialmente los niños, cuyas oraciones y pequeños sacrificios son tan aceptos al Señor, a fin de que este Año Santo sea para todos, como quiere el Papa, «año de purificación y de santificación, de vida interior y de reparación, año del gran retorno y del perdón».

Valencia, 25 enero de 1950.

† MARCELINO, Arzobispo de Valencia

GERONA

¡Penitencia, austeridad, espíritu de sacrificio! ¡Oración! He ahí el remedio único, ciertamente eficaz, que ha de poner fin a nuestros males. Solamente por el retorno de los individuos, de las familias y de las naciones a Cristo será posible, según ha señalado repetidas veces el Sumo Pontífice, que el amor y la paz vuelvan a reinar sobre la Humanidad.

Exhortamos, pues, vivamente, a todos aquellos de nuestros amadísimos sacerdotes que tienen cura de almas, así como a los religiosos de ambos sexos, a los superiores de Escuelas y Colegios, a los superiores de Asilos y Hospitales y a los directores de Asociaciones piadosas, que procuren, por cuantos medios estén a su alcance, dar a conocer a sus súbditos y asociados el espíritu que informa la Cruzada de Oración; de una manera especial, deseamos que se propaguen cada día más en nuestra Diócesis: 1.ª, la devoción de los Primeros Viernes y la Comunión reparadora; 2.ª, el rezo del Santo Rosario en familia; y 3.ª, que se inculque a los fieles la austeridad de vida, no solamente evitando aquellos espectáculos y diversiones que pudieran ocasionar un peligro para su alma, sino, además, ajustando más todavía su orden de vida a los saludables consejos del Evangelio.

Procuren también los periódicos y revistas católicas que se publican en nuestro Obispado, difundir las instrucciones que anteceden entre sus lectores.

Quiera el Señor bendecir esta hermosa cruzada y otorgarnos la gracia de que el Año Santo que pronto va a comenzar, sea también el año de la paz cristiana que todos anhelamos.

Gerona, 12 de diciembre de 1949.

† EL OBISPO

EL SENTIDO DE CRUZADA EN IÑIGO DE LOYOLA

I

UNA IDEA SUGESTIVA



ODOS los que en estos últimos meses hayan leído, o siquiera hojeado, CRISTIANDAD habrán echado de ver inmediatamente que la Revista se dedica casi por entero a propagar la idea y la práctica de la «Cruzada Internacional de Oración y Penitencia» iniciada y difundida por la Dirección General del Apostolado de la Oración. Esto pide de nosotros nuestro origen, nuestra vocación, nuestro deber. Nuestro origen: Porque aunque CRISTIANDAD no es órgano, ni oficial ni oficioso, del Apostolado de la Oración, ha nacido del espíritu de este Apostolado concretado en la idea del P. Enrique Ramière: *al Reinado de Cristo por la devoción al Sagrado Corazón de Jesús*. Nuestra vocación: Porque esta «Cruzada» tiene por fin y blanco procurar que se acelere la realización de este Reinado, a lo cual nos hemos sentido siempre llamados, y cooperar modestamente a esta sobrenatural empresa es, sin duda, nuestra única razón de ser. Nuestro deber: Porque la Dirección del Apostolado se ha dignado solicitar nuestra humilde cooperación, y, ¿no será para nosotros un deber responder a tan honrosa invitación?

Ahora bien. La Dirección General del Apostolado no se ha contentado con promulgar la «Cruzada», sino que, además, ha comunicado a aquellos de quien esperaba cooperación especial una justificación de la misma, y lo ha hecho al poner de manifiesto su significación y trascendencia.

Y como base para ello, en unas cuantas observaciones de indiscutible realidad pone a la consideración del lector la gravedad extraordinaria de nuestro tiempo.

Estas observaciones, tan concisas como certeras, fielmente traducidas del latín, se hallan al alcance de cualquier lector en el folleto publicado por el Secretariado Diocesano del Apostolado de la Oración de Barcelona con la bendición del Excmo. y Rvdmo. Dr. Gregorio Modrego Casaus, Obispo de Barcelona, y por iniciativa del Reverendo P. Julián Sayós, Provincial de la Provincia Tarraconense de la Compañía de Jesús, titulado «CRUZADA INTERNACIONAL DE ORACIÓN Y PENITENCIA». Los lectores de CRISTIANDAD lo habrán hallado reproducido en el número 138, diciembre de 1949.

Pues bien, en dicha justificación de la «Cruzada», y en el párrafo en que intenta ponderar lo extraordinario de los males y peligros de nuestro tiempo, nos hallamos con una afirmación que no deja de ser algo sorprendente.

Resumiendo como en cifra estos males y peligros, se afirma que en ellos «se muestra ciertamente el poder de las tinieblas, aquella fuerza negativa destructora, cual la había descrito proféticamente San Ignacio en la meditación de dos Banderas».

Lo que nos llama la atención en estas palabras no es ciertamente el que en ellas se afirma que en los males y peligros del mundo actual se manifiesta el poder de las tinieblas, es decir, la obra de Satanás, ni tampoco que al afirmarlo se aluda a la meditación de dos Banderas, tal como la propone San Ignacio en los Ejercicios, sino el que se dé significado profético a esta meditación, lo cual no puede significar sino que el autor de los Ejercicios, al

hacer meditar al ejercitante la guerra entre *Satanás, caudillo de todos los enemigos*, y *Cristo nuestro Señor, Sumo Capitán de todos los buenos*, vislumbraba, con más o menos luz, unos tiempos en que se iría agravando la guerra entre el bien y el mal.

Quien ha redactado este párrafo a que aludimos y apoyado en ello la actualidad de una cruzada espiritual, sobrenatural, ¿ha querido indicar que también esta actualidad de «Cruzada» vive y palpita en el espíritu de los Ejercicios? No lo sabemos. Lo que si sabemos es que, por lo que a nosotros toca, hace años que este sentido palpitante de cruzada creemos percibirlo no tan sólo en el espíritu de los Ejercicios, sino también en el corazón de su autor.

Mucho se ha hablado y se ha desbarrado al hablar del militarismo de San Ignacio de Loyola. Muchos se lo representan rígido como diz que han sido los militares prusianos (Dios nos libre de cebarnos indignamente en los caídos). Otros lo imaginan como un caballero andante a guisa de un Amadis de Gaula. Caricaturas eran éstas del noble y elevado corazón del defensor de Pamplona.

¿No será más conforme a verdad y a razón —admitiendo el innegable supuesto de que Iñigo de Loyola, que Ignacio de Loyola, nació, vivió y murió militar— reconocer que en él el espíritu militar evolucionó; evolucionó, decimos, de lo natural a lo natural-sobrenaturalizado y de lo natural-sobrenaturalizado a lo puramente sobrenatural, porque, bajo la acción de la gracia, subsistió en él, en todas las fases, el espíritu auténticamente de caballero, de caballero-cruzado?

Para que pueda interesarse por el problema que le proponemos y hacerse cargo de lo que vamos a decir, aun aquel de nuestros lectores que no fuere muy conocedor de la Europa de aquel turbulento decenio que precedió a la herida de Iñigo de Loyola en Pamplona, menester será que le pongamos en contacto con los hechos y las personas de aquel tiempo. Con esto esperamos hacerle ver:

1.º Que la idea y el espíritu de Cruzada en aquellos años estaba en el ambiente como una necesidad ineludible.

2.º Que Iñigo de Loyola, por ser quien era y por las circunstancias en que se halló, hubo de estar necesariamente persuadido de tal necesidad y de sentir profundamente tal espíritu.

3.º Que el tal espíritu de Cruzada influyó en la concepción y redacción de los Ejercicios hasta dejar en ellos profunda huella.

¿LA EUROPA CRISTIANA A LA CRUZADA?⁽¹⁾

La Roma renacentista de León X diríase que se había convertido a la realidad de la vida. Diríase que comenzaba a darse cuenta de lo absurdo y fuera de toda razón que aquella vida de frívola superficialidad a que le había llevado y acostumbrado el culto sensual y desenfrenado de la forma, la moral desaprensiva del humanismo paganizante.

Era el mes de marzo de 1518. En los días 12, 13 y 14 de dicho mes fueron recorriendo las calles de la urbe,

(1) El relato histórico que sigue se basa generalmente en la «Historia de los Papas» de Ludovico Pastor.

en aquella época centro del mundo, no tan sólo por residir en ella la sede de San Pedro, sino también por ser ella en aquel entonces el emporio de la cultura humanista, solemnes y devotas procesiones de rogativas.

Las tiendas de la ciudad estaban cerradas, las calles adornadas y en todas partes se habían erigido altares.

El primer día la procesión recorrió el trayecto que iba desde San Agustín a Santa María de los Angeles, y formaban en ella las Hermandades todas de Roma con sus multicolores y pintorescos trajes; en ella iba también el clero secular y regular, y la presidía la Corte del Papa.

El día segundo anduvo la procesión desde San Lorenzo a Santa María del Popolo, y en ella fueron conducidas las reliquias más preciadas que en Roma se veneran: las cabezas de San Andrés y San Matías, la Cátedra de San Pedro, la Santa Lanza, el Sudario de la Verónica y el gran fragmento del Lignum Crucis de Santa Croce in Gerusalemme.

El tercer día, domingo 14 de marzo, trasladóse la procesión desde San Pedro a Santa María sopra Minerva, y de ella formaron parte todos los Cardenales y Obispos que entonces se hallaban en Roma, y el mismo Vicario de Jesucristo, León X, presidió la procesión descalzos los pies y edificando a todos con su religiosa compostura.

Llegada que fué la procesión al templo término de su recorrido, celebróse allí misa solemne y en ella subió al púlpito el eximio literato e intachable Príncipe de la Iglesia Cardenal Sadoletto, el cual, con elocuencia ciceroniana al estilo de la época, predicó la cruzada, la guerra santa contra los turcos. Presentes estaban allí los representantes de las potencias europeas. Esforzóse el orador en excitar en todos el espíritu de Cruzada y en influir en todos el aliento de un sano optimismo. «¿Cómo dudar de la victoria contando con un caudillo como el Emperador del Imperio Romano Germánico, Maximiliano, y habiendo de colaborar en la empresa reyes de tan eminentes cualidades como los de Francia, España, Inglaterra, Portugal y Polonia, y habiendo de tomar parte en ella los invencibles suizos, los venecianos y los demás príncipes y naciones que en otros tiempos se señalaron en la guerra contra los infieles?»

La emocionante solemnidad tuvo un remate más emocionante todavía: la lectura que hizo el Cardenal Farnesio de una Bula Pontificia por la cual se promulgaba la Cruzada contra los turcos y se imponía, por autoridad apostólica, a todos los Estados cristianos una tregua de cinco años, a fin de que, depuestas o diferidas las disensiones, pudieran emplear sus fuerzas en la obra de Dios.

Esta nueva Bula Pontificia, fechada el 6 de marzo de 1518, era, en realidad, un eco de otra Bula Pontificia y Conciliar leída y aprobada en la solemne sesión de clausura del Concilio Ecuménico de Letrán que se tuvo a 16 de mayo de 1517, Concilio que se había inaugurado en el anterior Pontificado de Julio II a 3 de mayo de 1512, festividad de la Invencción de la Santa Cruz.

En la mentada Bula Conciliar de 1517, León X recuerda que uno de los fines principales de la convocación y la continuación del Concilio había sido la necesidad de promover la paz en la Iglesia y la concordia entre los reyes y príncipes cristianos. Para este fin, una de las tres diputaciones permanentes de la Asamblea estuvo dedicada a la consecución de este bien tan importante por sí mismo y como preparativo necesario de la Cruzada o guerra santa contra los turcos, que cada vez más se imponía como algo improrrogable.

Mucho había orado el Vicario de Cristo, como él mismo afirma, para impetrar de la Divina Majestad este bien, y mucho había trabajado por medios diplomáticos para conseguir la avenencia entre los soberanos. El Papa da gracias a Dios porque en la fecha en que se promulga la Bula, que, como hemos dicho, era la misma de la clausura del Concilio, esta concordia tan apetecida y necesaria

se podía dar por conseguida. Sólo quedaban unos pocos puntos de desavenencia de menor importancia; «y urgiéndonos el celo por la fe, decretamos, con la aprobación del Sagrado Concilio, la campaña contra los infieles, tantas veces propuesta y prometida en las sesiones del Concilio por Nos y por nuestro Predecesor Julio, y tantas veces comunicada y discutida con embajadores de reyes y príncipes».

Y después de conceder para el próximo trienio la facultad de imponer la décima de los frutos de las iglesias, monasterios, etc. que sean necesarios para este fin, prosigue el Romano Pontífice: «Y para que la expedición dé feliz resultado, dirigimos sin cesar a Dios omnipotente súplicas piadosas, humildes y devotas, y encargamos que hagan lo mismo a todos los fieles cristianos de uno y otro sexo, y exhortamos al Emperador Maximiliano, y a los reyes, príncipes y soberanos, y les suplicamos por las entrañas misericordiosas de nuestro Dios Jesucristo y les conjuramos por su tremendo juicio que se alcen valiente y potentemente en defensa de la fe cristiana, acordándose que han de dar cuenta de haberla defendido, guardado y preservado aun con el sacrificio de la propia vida, puestos todos los odios mutuos y olvidadas todas las disensiones y rivalidades, y les amonestamos y requerimos que por lo menos durante la guerra procuren observar inviolada la paz comenzada.»

La Bula Conciliar de marzo de 1517 que acabamos de resumir era de verdad eficaz y apremiante. Y siendo esto así, ¿qué explicación puede tener la demora de un año entero que transcurrió entre la conclusión del Concilio de Letrán y la promulgación y predicación de la Cruzada, que, como hemos visto, no se hizo sino en mayo de 1518? ¿Pudo esta dilación influir en el fracaso de aquella empresa que tanto trabajo había dado al Concilio y al Papa?

Dejaremos para otra ocasión el examen de estos dos problemas, que para nuestro intento no carecen de interés, porque, a nuestro parecer, en el espíritu de Iñigo de Loyola y en la redacción de los Ejercicios no debió de influir menos el fracaso de la Cruzada que la predicación esperanzadora de la misma.

Reanudemos la exposición de los actos de León X realizados en Roma desde mayo de 1518. Ya antes de las procesiones de rogativas y de la promulgación de la nueva Bula de Cruzada de 1518, desde el otoño del año anterior se había puesto no poco trabajo en la preparación de la guerra santa. Comisiones de Cardenales dedicadas a esta preparación, consultas con los embajadores de las potencias, planes de guerra enviados a los soberanos de los Estados, contestación de los soberanos acerca de estos planes, habían sido objeto del trabajo durante meses enteros.

Por fin se llegó al nombramiento de Legados *de latere* para enviarles a las principales potencias cristianas con la misión de promover la Cruzada. Fueron los elegidos cuatro miembros del Colegio cardenalicio de la mayor nombradía: Farnesio, el futuro Papa Paulo III, para la corte imperial; para Francia, Bibienna; para Inglaterra, Campeggio, y para España, Egidio Canisio de Viterbo.

Este último es el que para nosotros ofrece mayor interés. Antiguo general de la Orden Agustiniense, famoso predicador, excelente humanista, hombre de costumbres intachables, distinguido por su piedad y su celo, entre todos señalado por su amor a la reforma de las costumbres y por el interés con que había mirado siempre la empresa de la Cruzada, era el varón más a propósito para predicar en España, donde sin duda alguna más vivo quedaba el espíritu de la Cruzada.

A 12 de abril, los tres Legados, Bibienna, Campeggio y Egidio Canisio, en un Consistorio recibieron la bendición apostólica. Farnesio había partido ya.

Bibienna salió para Francia el 13 de abril; Campeggio, el 15, para Inglaterra, y Egidio Canisio, para España, el 16.

PLURA UT UNUM

Enfermó el Cardenal Farnesio durante el viaje y fué substituído por el gran filósofo y teólogo Cardenal Cayetano Tomás de Vio, inmortal comentador de la Suma Teológica y defensor integérrimo de la autoridad pontificia en el Concilio de Letrán.

De las dificultades con que tropezaron los enviados a Francia, a Inglaterra y a Alemania, habremos de tratar en su lugar propio.

Por lo que toca a España, bastan por hoy las breves líneas que a la obra de Egidio Canisio dedica Ludovico von Pastor:

«Las noticias relativamente más favorables fueron las que se recibían de España, donde el Cardenal Egidio Canisio predicaba la Cruzada con inmenso concurso, y ya a 23 de agosto de 1518 se pudo comunicar a los Cardenales reunidos en Consistorio un escrito de don Carlos I de España, en el cual manifestaba aceptar la tregua de cinco años.»

Estaba entonces el rey de España y futuro Empera-

dor en Zaragoza, presidiendo las Cortes de los aragoneses. Quien conozca el estilo del por otra parte insigne historiador de los Papas, y la «*simpatía*» con que acostumbra a mirar y a juzgar las cosas de España, podrá darse alguna cuenta de lo que significan las palabras que de su obra acabamos de citar.

En aquel tiempo, Iñigo de Loyola vivía en Nájera, población de la Rioja, próxima a Aragón, en la cuasi corte del Virrey de Navarra.

Así, pues, dado lo importante y llamativo de tales planes y acontecimientos, ¿es siquiera imaginable que no llegaran a noticia de aquel prócer castellano de primera categoría que tenía confiada la defensa y el cuidado de aquel Reino de Navarra anexionado hacia poco tiempo a Castilla y objeto de disputas y conflictos europeos? Y noticias de tanta monta, ¿podían dejar de ser objeto de interés universal, de curiosos comentarios? E Iñigo de Loyola, ¿podría quedar ajeno e indiferente a todo ello? Conserve-mos estos datos en la memoria.

Ramón Orlandis, S. I.

ANTE LA EUROPA AMENAZADA

¡Laetentur Coeli et exultet terra!

Por un momento, la Cristiandad se había sentido feliz. El Concilio de Florencia había realizado un hecho suspirado durante muchos siglos: la unión de las Iglesias latina y griega; mejor dicho, la vuelta al redil de la última.

La trascendental cuestión del «Filioque» había sido igualmente superada. «¡Laetentur coeli et exultet terra!», se cantaba por las calles; eran las mismas palabras que encabezaban la bula. Y el regreso de los griegos traía vientos de unión de parte de muchos otros separados: llegaban a Roma representantes de Armenia, de Egipto, de Libia, de Etiopía...

Pero el envío del legado del Papa a Constantinopla, la llegada a ésta de Isidoro, cardenal, ya lo fué con tristes auspicios. El Imperio no se atrevía a promulgar del decreto de unión, el «henotikon». El viejo particularismo orgulloso revivía.

¡Cuán corto remedio es el miedo!

Y revivía en el momento más grave, más absurdo.

Cuando amagaba sobre la ciudad de Constantino, sobre la segunda Roma, hecha ya por los avances del turco extremidad de la civilización, el peligro mortal del enemigo del orbe cristiano.

Ya los cañones de éste —entre ellos aquel tan legendario inventado por el renegado Orbán, que cargaba quinientas libras de pólvora— batían las frágiles murallas; pero, aun y con eso, los bizantinos preferían la tiranía del sultán a la benignidad del Papa que acudía en su auxilio. Sólo por un momento el miedo había conseguido aquel retorno a la Madre común, y así, como hemos dicho, un 12 de diciembre de 1452 presenciaba la concentración de la muchedumbre en Santa Sofía para recibir al legado; pero bastó en aquella misma ocasión la voz de un fanático para despertar el mal adormecido particularismo griego ante la fracción del pan ácimo y el uso del agua fría en el cáliz. «¡Mejor el turbante del sultán que la tiara!», llegó a prorrumper la multitud, como aquella otra que proclamó: «¡Antes Barrabás que Jesús!» ¡Cuán cierto es que el miedo es muy corto remedio para las cosas!

¡Mejor el turbante que la tiara!

Llegaba a tanto el odio contra los latinos, que un testigo que historió aquellas escenas, Phrantzes, asegura que aun cuando un ángel se hubiera aparecido para mandar su reconciliación con Roma, hubiera sido desobedecido. ¡Tanto más cuanto que los monjes fanáticos aseguraban que no dejarían de descender de los cielos los espíritus, en el momento más decisivo, para otorgarles la victoria sobre el musulmán! Las mismas mujeres andaban ebrias por las calles: «¡Nada queremos con los Azimitas!»

Entretanto, los pontífices clamaban constantemente por la cruzada. Eugenio IV había pintado así los funestos resultados de las victorias turcas a los príncipes cristianos, que, por desgracia, ocupados en sus discordias o ambiciones, no le daban oídos: «Ellos, decía, han reducido doscientos mil cristianos a cautiverio y a servidumbre. No es raro presenciar cómo las huestes musulmanas, al regreso de las expediciones, arrastran largas hileras de hombres y mujeres mezclados, confundidos y atados con las bestias de carga. Asesinan a los ancianos imposibilitados de seguir sus precipitadas marchas, abandonando sus cadáveres en los caminos. Ninguna consideración tienen a la dignidad de las personas ni a la majestad del carácter religioso; ni siquiera han piedad alguna con la infancia.»

Pero los que debían oír no oían. Los pueblos sí; la religión había enraizado tan fuertemente en las épocas grandes de la Edad Media, que existía un sedimento que hubiera sido capaz de las mayores heroicidades. ¿No lo fué la epopeya de San Juan de Capistrano y de Hunyadi, por ejemplo? Pero los príncipes, los intelectuales, los altos de la tierra, llevaban ya una que empezaba a ser triste herencia de insubordinación a Roma y al Papado. Las herejías, ora latentes, ora desencadenadas, de siglos atrás habían hallado una expresión definitiva y violenta en el proto-protestantismo de Wickliff y de Huss. En todo el Norte se acusaba el particularismo que hasta entonces había sido patrimonio del Oriente, y era prenuncio de nuevas separaciones, como se produjeron más tarde, siendo su primer protagonista Lutero. Y los príncipes más tradicionalmente católicos, los de Francia, los de Alemania, sólo pensaban en dirimir sus querellas; Francia e Inglaterra habían en-



MAHOMET II DELANTE DE CONSTANTINOPLA

(Dibujo de Gustavo Doré, *Historia de las Cruzadas* por M. Michaud)

PLURA UT UNUM

sangrentado Europa durante cien años!! Y la ciencia, la intelectualidad, el arte, en el momento de la explosión natural de unas magníficas reservas acumuladas durante siglos de estudio a la sombra y calor de la religión, acogían ahora a sus colegas fugitivos de Oriente, no para recoger la lección que en su desastre les llevaban, sino para escucharles, empaparse de su aversión al Papado e informarse en un neopaganismo que desvirtuaba aquella magnífica explosión, derivándola de la magnífica creación que hubiera sido el Renacimiento, grande sí, pero carcomido en su más íntima entraña, llevando en sí un germen de disolución bajo los supremos esplendores.

¿Cruzada?

He aquí, pues, cómo se daba esta paradoja: un espíritu de cruzada magnífico, latente, que se transmitía en las familias cristianas de padres a hijos, que se conservaba en los archivos y tradiciones de la caballería, pero que se anulaba por falta de dirección y de responsabilidad. No nos debe extrañar este hecho; otros análogos hemos presenciado en la Historia, en nuestros mismos días. ¿No guarda analogías con esto el caso de la España de la guerra de la Independencia, en la cual al fin explotaron las sanas energías de un pueblo, en forma de epopeya, cuando éste se hubo hartado de perder años y ocasiones por falta de dirigentes? ¿Es que el heroísmo de 1808, de haber sido recogido por Carlos IV, debidamente, en 1792, no hubiera, quizá, salvado a Europa?

Mucho daño había hecho este espíritu de rebelión contra la potestad del Vicario de Cristo. Y en Oriente, donde era general, donde no era por desgracia, como en Occidente, la minoría dirigente, sino, para mayor desgracia aún, el pueblo todo el que se hallaba ya envenenado, dió como triste fruto la caída general de todo el Imperio griego, asiático y europeo, con la sucesiva invasión de los Balcanes todos y cuenca del Danubio por las hordas mahometanas, siendo su episodio más significativo este de la caída de Constantinopla, que en adelante no sería más la imperial Bizancio, sino la turca Estambul.

¡Caiga su sangre sobre nuestros hijos!

Quizá la Providencia dispuso, para enseñanza de las edades, que en éste, en tal episodio, se registraran todos los detalles que acompañan catástrofes de este género. Y quizá no era para menos; ¿no era la segunda Roma la que se derrumbaba?

Mahomet II había jurado entrar en la ciudad. Con un ejército de doscientos sesenta mil combatientes se presentó ante sus baluartes el 6 de abril de 1453, apoyado por una escuadra de trescientas naves. Contra ellos los griegos apenas contaban con cinco mil soldados propios, aparte de las naves y refuerzos que les mandó el Papa.

Detalles trágicos. Quizá el más significativo, común en estas grandes caídas, fué el que los hijos nunca dejan de recoger las tristes herencias paternas. Como ocurrió con la casa de Judá ante Nabucodonosor. Y con Luis XVI al expiar, en la guillotina, los devaneos —los crímenes— de los Luises que le antecieron. Y aquí, Constantino XII, Paleólogo, convertido al auténtico cristianismo, reconciliado con Roma, supo afrontar la responsabilidad y dejar recuerdo de que era sucesor de los Césares... Si el pueblo no cumplió con su deber, se ha dicho, el emperador, como hombre, en aquella hora nefasta, ciñó sus sienes con la corona inmortal de la gloria.

Cuarenta días, el valor del emperador y de Justiniani, jefe de los cruzados de auxilio —bien merecían aquel nombre— mandados por el Papa, tuvieron en jaque a los otomanos. Y, sobre todo, por mar, allí donde no podía llegar el grueso de la escuadra turca, el valor de los marinos de

las repúblicas de Italia hacía prodigios. Diez mil hombres llevaba perdidos el turco, y aun no había conquistado un solo reducto. Pero Mahomet era hombre de valor y de constancia; en el momento más crítico, auxiliado por sus potentes medios, de verdadera ingeniería para su tiempo, transportó por vía terrestre sus naves al interior del puerto de Constantinopla. Y un día la dorada aurora descubrió las naves turcas dentro del Cuerno de Oro.

La suerte estaba echada. Mahomet ordenó el asalto.

«¿No hay aquí quien me corte la cabeza?»

El cristiano y caballero emperador sabía que había llegado la hora. Y se ofreció en holocausto por toda aquella serie de emperadores, modelo de la eterna inmixión del poder civil, que —por desgracia no sólo en Oriente, sino también en Occidente— caracterizó a la Edad Media. Reunidos todos sus magnates, se trasladó a la iglesia para pedir al Cielo fuerzas. El descendiente de Augusto recibió los sacramentos, pidió a todos perdón, confesó públicamente sus pecados, para dirigirse a lo más duro de la pelea.

No había forma humana de resistir el alud. El mismo Justiniani perdió la razón.

«—¿Adónde vas, hermano?— le gritó Constantino al ver que, tras tantos heroísmos, cedía desmoralizado.

»— ¡Adonde Dios mismo llevará a los turcos!»

Sí. Estos, como Atila, podían enorgullecerse de ser los instrumentos de las venganzas del Altísimo. Ya un genizaro gigante ondeaba la media luna sobre los torreones; ya entraban, atacando por la espalda, por la Kerkoporta, los genizaros. «¿No hay aquí nadie que me corte la cabeza?», gritó el emperador solo, abandonado, rodeado de enemigos, luchando como un león. Uno de aquellos mestizos de raza y religión le abrió la cabeza de un mandoble.

.....

Dos días después llegaba una escuadra mixta de romanos, venecianos y catalanes, que hubieran podido salvar a la ciudad. Las discordias y las dilaciones habían sido los mejores aliados del infiel.

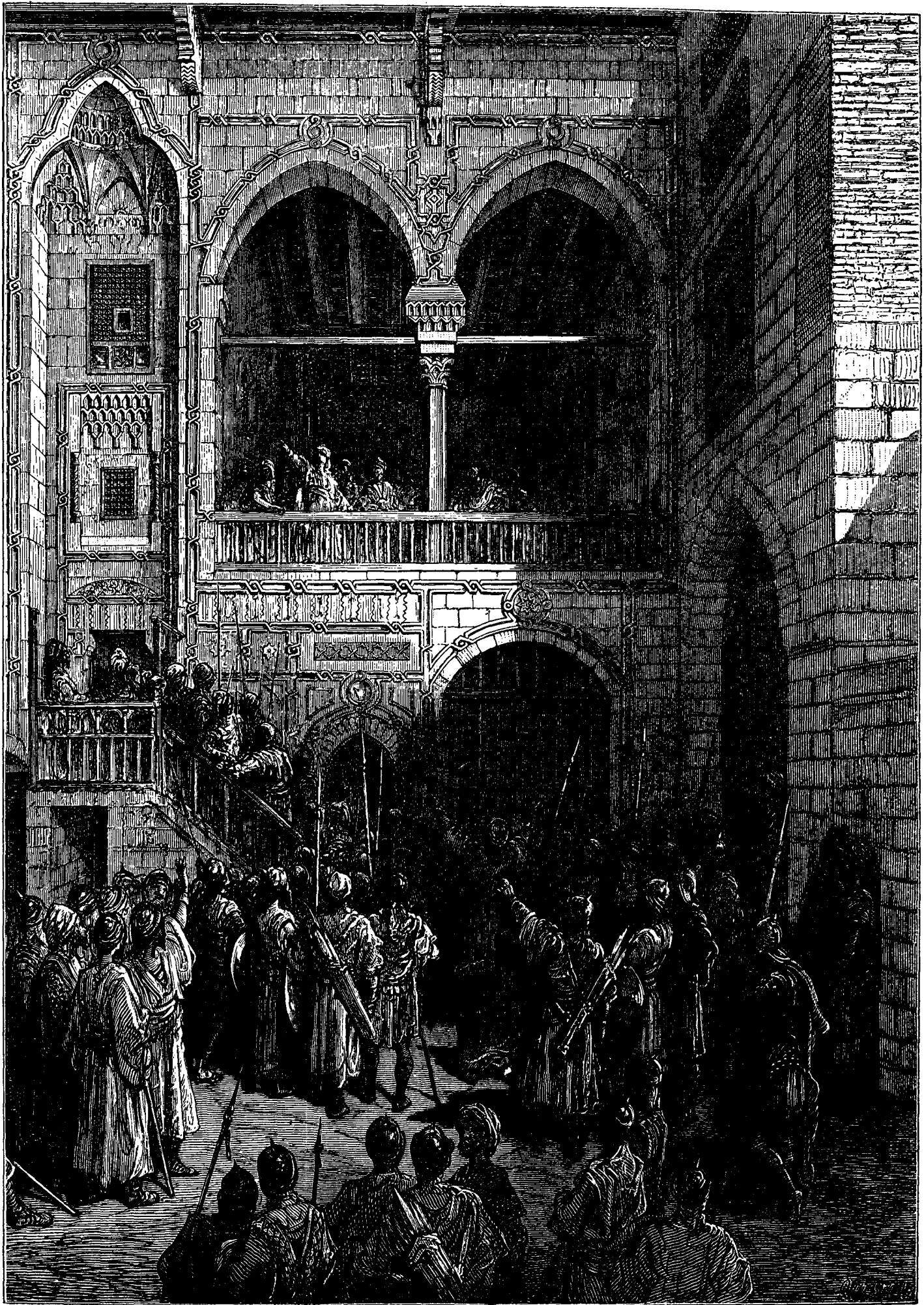
«La araña teje su tela en el palacio imperial...»

¡Con qué insultante orgullo entró éste en la segunda Roma! Mientras las hordas se cebaban en el botín, encadenando hombres, violando mujeres, destruyendo, hollando templos, profanando vasos sagrados, el vencedor aprovechaba una hermosa tarde para hacer su entrada triunfal. La ciudad le maravillaba. Entró en Santa Sofía. ¡Sólo Dios es Dios! ¡Sólo Dios es grande; acudid a la oración!, hizo exclamar a los muezines. Las magnificencias de la capital le tenían admirado; tanto, que su soledad y luto llegó a conmovérle. En el palacio imperial recitó las estrofas del poeta persa: «La araña teje su tela en el palacio imperial, y la lechuza canta su nocturna endecha en las torres de Afrassijab.» Mandó buscar el cadáver del emperador, al que dió la más honrosa sepultura, bien que remitiendo su cabeza, como trofeo, a sus príncipes vasallos del Asia.

El estremecimiento

La lección, tan dura para Europa, no fué, sin embargo, como antes hemos dicho, suficiente. Eneas Silvio Piccolomini se constituyó en expresión de todo lo sano de Europa, conjurando a Nicolás V a la restauración del Imperio oriental. Todo inútil.

Ya hemos hablado antes de la epopeya de San Juan de Capistrano. Muchos héroes, como Scanderberg, jalaron la inútil resistencia contra la invasión. Esta llegó al Danubio central; incluso puso la planta en ciertos puntos de la costa de Italia. Pío II murió en sus desvelos, mal compren-



CONSTANTINO PALEOLOGO ARENGANDO A LOS DEFENSORES DE CONSTANTINOPLA

(Dibujo de Gustavo Doré, *Historia de las Cruzadas* por M. Michand)

didados y peor correspondidos, de una nueva y grande cruzada. Sólo España, como veremos, fiel a este espíritu, batía al musulmán, superando sus internas querellas; pero ocupada en Occidente, no pudo acudir a Oriente hasta más de un siglo después, cuando lo hizo en Lepanto. Vinieron pontificados muy turbados, Alejandro VI, Julio II, León X. No eran, ciertamente, Papas como Pío II y Calixto III. Pero la preocupación pontificia fué siempre constante, y mantuvo el rescoldo de cruzada que, debajo de tantas miserias de los grandes, anidaba aún en el cristiano pueblo. Una manifestación muy esplendorosa fué, con León X, el Concilio de Letrán, que bendijo y dió nuevas fuerzas a los guerreros del cuerpo o del espíritu, que ansiaban un caudillo que les llevase a luchar a la sombra de la Cruz. En este so-

plo que el Espíritu divino mantenía dentro de la Cristianidad respiraban, como hemos dicho, muchas familias, revivían las virtudes caballerescas, aun cuando frecuentemente desviadas. No hubo cruzada; pero sí, al lado de la Misericordia y de la Rebelión, seguía la Fidelidad: existía una cruzada latente. San Ignacio de Loyola la sintió intensamente; no podía haberla dejado de sentir antes de su conversión, como militar valiente, como hombre de honor que era. Posiblemente, de haberse escrito la Historia de otro modo, su genio y su valor hubieran apresurado epopeyas y gestas materiales contra el infiel.

Mas los caminos de Dios fueron otros, y por esto, como se ve en estos números de CRISTIANIDAD, sus frutos mucho más definitivos.

Luis Creus Vidal

UN SANTO Y UN HEROE

¡Hasta que nos veamos en Roma!

Desde la conquista de Constantinopla, Mahomet II, cada vez que se ceñía la resplandeciente cimitarra para emprender una batalla después de haber bebido en la copa de los genizaros, devolviéndosela llena de oro, decía: «¡Hasta que nos veamos en Roma!», y era temor y creencia general de que ni aun allí se detendría.

Sin dormirse en los laureles, en 1454 manda un mensaje al déspota de Servia, diciéndole: «La tierra que dominas no te pertenece; déjala lo más pronto posible; si no voy contra ti con un ejército.» Y efectivamente, sus hombres avanzaban como una avalancha imposible de contener.

El Papa Calixto III se hace cargo en seguida de la inminencia y magnitud del peligro; aunque de 77 años, lleno de ardor juvenil pone toda la pasión de su alma en la liberación de Europa del poder de los turcos. No sólo al amanecer y al Angelus han de tocar las campanas de las iglesias, ante el peligro que se avecina: ¡también al mediodía los fieles han de implorar de la Divina Providencia el triunfo de las armas cristianas! ¡Todos los pueblos han de acudir a la cruzada contra el infiel!

Pero la voz augusta del Sumo Pontífice que con tanta clarividencia señala el peligro, se pierde en el vacío de los pueblos de la Europa occidental. En Francia llegaron a prohibirse sus bulas por el temor que les inspira estar entre Inglaterra y Borgoña, que continuamente la amenazan. En el imperio, los caballeros, en cuadrillas, se dedican a despojar a los viajeros, los nobles al asalto de las ciudades y los príncipes a guerrear entre sí, de modo que el emperador no hace sino reunir dietas, decretar la formación de ejércitos que no resultan más que de papel e imponer tributos que nadie paga. Sólo Hungría, consciente de su misión de escudo y fortaleza avanzada de Occidente, opone a los ejércitos victoriosos de la media luna un Santo y un héroe que han reclutado entre el pueblo un ejército de cruzados.

El Santo

Hoy le llamamos San Juan de Caspitrano, entonces era simplemente Fray Juan. Nacido en 1385 en la provincia de Aquila, fué Juez de paz en el Tribunal Supremo. En el tiempo de su magistratura un noble barón fué conde-

nado a muerte, y el rey quiso hacer extensiva la pena también a su hijo. Su rectitud no podía consentir tamaña injusticia, y no sólo se rebeló contra la voluntad real, sino que alentó a los demás jueces a la resistencia. Mas como, a pesar de todo, se llevara a cabo la ejecución impuesta por el monarca, renunció a la magistratura y vistió el hábito de San Francisco.

Después de haber predicado en Alemania y ser apóstol entre los husitas de Bohemia, fué, en 1454, heraldo de la guerra contra los turcos, renovando con su fe viva las hazañas de Pedro el Ermitaño. Aunque sólo hablaba italiano o latín, tenía 70 años y era «flaco y exhausto», levantaba el entusiasmo de millares de personas que le salían al encuentro, y cuando hablaba de la guerra, «los hombres echaban mano a las armas y se iban tras él. Frailes, estudiantes, labradores, gentes de todos los oficios y condiciones. Era un ejército abigarrado el que le rodeaba; uno llevaba una espada, otro la guadaña o el rastrillo y muchos un solo palo con alguna punta de hierro, pero en todos había abnegación, desprecio a la muerte» y fe en Dios y en el triunfo.

El héroe

Al conde de Trevor, por sus repetidas victorias sobre los turcos en Semendria, en Krusowatz y en tantos otros lugares, se le hizo voivoda de Trasilvania, y por el castillo roquero que allí poseía, en lugar de su nombre Janko, le llamaban Hunyade. Se le llamaba también el Sabio Caballero, porque reunía en sí las más opuestas cualidades: «Era maestro en el manejo de las armas y al mismo tiempo poseía una gran elocuencia y una cultura superior; terror del enemigo en la batalla, era, a la vez, un hombre de finos modales que ganaba los corazones por la benevolencia; atrevido en sus planes y perseverante en la ejecución, ansiaba la gloria, pero era justo y devoto cristiano.» Su madre fué una griega y la leyenda le hace hijo de rey, y ciertamente que tenía «el alma regia y la figura real».

Ya el padre de Mahomet II, el sultán Amurates, había retrocedido ante sus acometidas y sufrido el rigor de sus derrotas. Siempre con ejércitos reducidos en comparación con las muchedumbres islámicas, había logrado, con el prodigio de su valor, en momentos de defensa desesperada, conseguir la victoria.

(Termina en la pág. 166)



PROEZAS DE HUNYADE Y DEL MONJE CAPISTRANO

(Dibujo de Gustavo Doré, *Historia de las Cruzadas* por M. Michaud)

A
N
N
I



S
A
C
R
I

A NADIE ES LICITA LA INDOLENCIA, A NADIE LA INERCIA, NADIE SE ENTREGUE AL OCIO MIENTRAS SE PADECEN MALES TAN GRANDES

«Os exhortamos encarecidamente a iniciar entre los fieles una Cruzada de Oraciones para impetrar los oportunos remedios para los males presentes»

CARTA ENCICLICA DE SU SANTIDAD EL PAPA PIO XII

Más de un motivo de alegría y consuelo nos ha proporcionado ya el curso del Año Santo que se está celebrando. Multitudes de cristianos de todas partes del orbe hemos podido ver reunidos en Roma, de donde irradiaba pura, desde los orígenes de la Iglesia, la luz de la doctrina evangélica. Hemos contemplado aquellas multitudes junto a San Pedro, no sólo lavando sus faltas con la penitencia, sino expiando también los pecados de todo el mundo con sus oraciones y pidiendo para la sociedad humana la vuelta a Dios, del cual puede nacer únicamente la verdadera paz para las almas, la concordia para los ciudadanos, la prosperidad para las naciones. Y sabemos que estos primeros grupos de peregrinaciones son como las primicias de aquellas que, sobre todo durante el buen tiempo, columbramos aun más frecuentes. Es lícito, pues, esperar que todo ello dará frutos fecundos y saludables.

Sin embargo, si bien estos espectáculos nos han proporcionado suave consuelo, no por eso faltan motivos de angustia y agobio que oprimen nuestro paternal ánimo con nubes de tristeza. Y en primer lugar, aunque callaron tiempo ha en casi todas partes las bélicas armas, la paz tan deseada no ha llegado todavía, la paz firme, sólida, la paz que componga los muchos y crecientes motivos de discordia. Muchos pueblos luchan acá y allá entre sí; y no existiendo mutua confianza, de tal modo amontonan armamento a porfía, que quedan temerosos y en suspenso los ánimos de todos.

Lo que nos parece, empero, no sólo más grave, sino la fuente de todos los males, es esto: que con frecuen-

cia la mentira ha sustituido a la verdad y se la usa como instrumento de lucha; que ha sido por muchos descuidada y pospuesta la religión como cosa de ninguna importancia, y hasta en algunos lugares apartada del hogar doméstico y de la sociedad civil como superstición de antiguos tiempos; que la impiedad es, en público y en privado, exaltada, y esto hasta tal punto que, apartado Dios y su ley, las costumbres carecen de toda base; que la prensa con frecuencia vitupera ignominiosamente y con escándalo lo sagrado, o divulga todo género de obscenidades y arrastra y excita, con incalculable daño, a la juventud inexperta y a la tierna niñez a los halagos del vicio. Que se engaña al pueblo con falsas promesas y se le incita al odio, a la rivalidad, a la rebelión, sobre todo si se consigue arrancar de su corazón la fe de sus padres, sumo consuelo en las miserias de este destierro terrenal. De donde nacen con un plan meditado, y en sucesión continuada, la violencia, los tumultos y las subversiones, que preparan la ruina de la Economía e infieren al bien común un daño irreparable.

De manera especial lamentamos, con tristeza inmensa, que en no pocas naciones sean gravemente ofendidos y pisoteados los derechos de Dios, de la Iglesia y de la misma naturaleza humana; y que los sagrados ministros, aun los investidos de la más alta dignidad, o hayan sido arrojados de sus sedes, desterrados y encarcelados, o de tal manera impedidos que no pueden ejercer el ministerio a ellos confiado; que en la enseñanza, tanto inferior como universitaria, y en las publica-

ciones de la prensa, o no se conceda la facultad de proponer y defender la doctrina católica y publicar los preceptos de la Iglesia, o de tal manera es coaccionada y vigilada por la censura pública, que parece que allí tiene vigencia el principio de que la verdad, la libertad, la misma santa religión, deben servir únicamente y sumisamente a la autoridad civil.

Y puesto que son tan grandes los males y provienen, como hemos dicho, de una fuente única, que es el repudio de Dios y el desprecio de su ley, es necesario, Venerables Hermanos, alzar al Señor fervorosas plegarias y llevar a todos de nuevo a aquellos principios, únicamente en los cuales puede hallarse la luz para las inteligencias, la paz y concordia para las almas y la justicia ordenada para los pueblos y las clases sociales.

No puede haber, como sabéis, arrancado el sentimiento religioso, sociedad verdaderamente morigerada ni bien ordenada. De donde fácilmente comprenderéis cuán necesario es el trabajo de los sacerdotes, dirigido, bajo vuestras órdenes, principalmente a conseguir este objeto. No ahorren fatigas los ministros de Dios, a fin de que en este Año Santo, sobre todo, depuestos los prejuicios y las falsas opiniones, extinguidos los odios y pacificadas las discordias, de tal manera se nutra con la doctrina evangélica el rebaño que les ha sido confiado, y de tal modo participe de la vida cristiana, que sea una realidad la feliz restauración de las costumbres. Y puesto que no tiene el sacerdote abierto el camino hacia todos ni hacia todo, ni su trabajo puede siempre atender cual conviene a todas las necesidades, presten su ayuda con su decidida y experta actividad, los que militan en los ejércitos de la Acción Católica. A nadie es lícita la indolencia, a nadie la inercia; nadie se entregue al ocio mientras amenazan males tan grandes, mientras tales peligros amenazan, mientras los que están enfrente se esfuerzan por socavar los mismos fundamentos de la religión católica y del culto cristiano. No se dé nunca en el futuro que «los hijos de la luz» (Luc, 16, 8); que jamás sean menos activos éstos que aquéllos.

Mas como quiera que las fuerzas humanas son ineficaces si no se apoyan en la divina gracia, por eso os exhortamos encarecidamente, Venerables Hermanos, a iniciar entre vuestros fieles una a manera de cruzada de oraciones para impetrar del Padre de las misericordias y Dios de toda toda consolación (cfr. 2, Cor, 1, 3) los oportunos remedios para los males presentes. Deseamos vivamente que se eleven al cielo estas oraciones públicas, a una con Nos, principalmente el día 26 de este mes de marzo, dominica de Pasión, cuando los sagrados ritos de la Iglesia comienzan a conmemorar los aspérrimos sufrimientos con los cuales nos libró nuestro Redentor de la cautividad del demonio y nos condujo a la libertad de hijos de Dios. Es nuestro propósito bajar en ese día a la Basílica de San Pedro y unir allí nuestras oraciones no sólo a las de los presentes, sino —como esperamos— a las de todo el orbe católico. Quienes por enfermedad o cualquier otro motivo no puedan ir a la iglesia, ofrezcan a Dios, con espíritu humilde y confiado, sus dolores y angustias; de modo que sea una la súplica de todos, uno el anhelo, uno el deseo.

Unidos todos a Nos en la plegaria, pidan, desde to-

das las partes de la tierra, al Dios propicio, que surja por fin de la deseada restauración de las costumbres un orden nuevo modelado en la verdad, en la justicia, en la caridad. Ilumine la luz del Cielo las inteligencias de aquellos en cuyas manos están los destinos de los pueblos; y dense cuenta de que la paz es obra de la sabiduría y de la justicia; la cruenta guerra, en cambio, de la ceguera y del odio; y piensen, además, no sólo que un día pertenecerán ellos a la Historia, sino también que tendrán que dar cuenta ante el juicio del Dios eterno.

Comprendan ya de una vez aquellos que siembran a manos llenas la simiente de la discordia y de la rivalidad; los que, solapada o abiertamente, atizan la confusión y el desorden; los que engañan con promesas vacías a una multitud fácil a la agitación, comprendan ya de una vez que no se ha de recurrir a la violencia ni a los tumultos, sino a las justas leyes, para llegar a aquella justicia exigida por los preceptos cristianos y que trae el equilibrio y la concordia fraterna entre las clases sociales. Persuádanse todos, iluminados por la suprema luz impetrada por medio de la oración colectiva, de que únicamente nuestro Divino Redentor puede arreglar las múltiples y espantosas contiendas de los hombres; solamente Jesucristo, decimos, porque Él es el camino, la Verdad y la Vida (Cfr. Io., 14, 6), el que puede ofrecer a las ofuscadas inteligencias la luz celestial, a los vacilantes y perezosos la suprema fuerza. «Sin camino no se va adelante, sin verdad no se conoce, sin vida no se vive.» (De la imitación de Cristo, l. III, c. LVI, v. 5.) Él es el único que puede regir con su justicia las cosas de este mundo, ordenarlas con la caridad y llevar a la eterna bienaventuranza las almas de los mortales, unidos con los vínculos de la fraternidad.

Dirijamos, pues, a Él, con fe, amor y esperanza, nuestras oraciones. Mire Él con indulgencia, especialmente en este Año Santo, a esta Humanidad oprimida por tantas calamidades, acongojada por tantos temores y agitada por las olas de tantas discordias; y como un día aplacó por su divina voluntad la tempestad del lago de Galilea, así imponga medida y orden a las tempestades humanas.

Descubra Su luz las mentiras de los malvados; sea humillada la torva arrogancia de los soberbios; inclínense los ricos a la justicia, a la largueza, a la caridad; los pobres y miserables miren a la familia de Nazaret, que tuvo que ganarse el pan con su trabajo cotidiano; finalmente, estén persuadidos los gobernantes de que ningún fundamento más sólido tiene la sociedad que los principios cristianos y la tutela de la libertad de la Iglesia.

Deseamos, Venerables Hermanos, que hagáis conocer esto en Nuestro Nombre a los fieles y los exhortéis a que oren con Nos fervorosamente al Señor.

En la confianza de que todos responderéis con decidido amor a nuestras exhortaciones, os impertimos a cada uno de vosotros y a los fieles que os han sido confiados, como auspicio de gracias celestiales y testimonio de nuestra paternal benevolencia, nuestra bendición apostólica.

Dado en Roma, junto a San Pedro, a 12 de marzo del año 1950, décimo de nuestro pontificado.

Pío PP. XII

PLURA UT UNUM

(Viene de la pág. 162)

Como para tomar Constantinopla

En 1454, cuando Brancovic recibió el mensaje que dejamos transcrito, al ver que nadie acudía a socorrerle y sabiendo que implacablemente se cumpliría la amenaza, se aprestó a la defensa para que no se repitiera en él el episodio de aquel otro Kral de Servia, que como precio de la paz había tenido que sacrificar su hija entregándola para el serrallo del sultán junto con la mayor parte de su tierra como dote.

La acometida, como se esperaba, es fuerte. Los servios hacen prodigios de valor, retrasan el triunfo del enemigo con alardes de heroísmo y le disputan el terreno palmo a palmo, pero no pueden resistir a la formidable artillería turca. En 1455, después de un sitio empedadísimo, pierden la plaza minera de Novoberdo, que contenía tesoros inmensos.

En julio de 1456 ya está en peligro Belgrado, la llave de Hungría, el único baluarte que aun puede detener la invasión turca. Hunyade y Capistrano, que a pesar de sus esfuerzos para reunir un ejército europeo no han recibido ningún auxilio, comprenden que es preciso detener inmediatamente a Mahomet, que avanza por mar y tierra con la rapidez y voracidad de un incendio. La espada ensangrentada, símbolo de la patria en peligro, recorre las ciudades de Hungría, y Juan Capistrano atrae con su palabra de fuego a las multitudes, que lo dejan todo por seguirle.

Mahomet, aunque orgulloso de la disciplina de su ejército, de la potencia de sus armas y de su propio talento militar, reconoce en Hunyade un guerrero digno de él y tiene experiencia del legendario valor de los cruzados; sabe, por lo tanto, que si acuden en defensa de Belgrado le costará tomarla, y como la codicia vivamente, hace los mismos preparativos que había hecho tres años antes para la toma de Constantinopla.

Cuando tuvo reunido en Rumelia un ejército de 400.000 hombres, con numerosísima artillería fundida en la nueva fábrica de Cruchewaz, se pone personalmente al frente del ejército, cerca la ciudad y con una flotilla que desde el Mar Negro subió por el Danubio, le corta el aprovisionamiento de viveres.

Enormes balas de piedra fueron lanzadas contra Belgrado durante muchos días; el estruendo se oía desde Szegedin; el hambre y las enfermedades ocasionaban tantas bajas como la batalla misma, y ya todos desesperaban porque el cerco era completo e imposible de romper, y Mahomet daba por descontado el triunfo.

La batalla de Belgrado

Aparecen entonces Capistrano y Hunyade y rompen el cerco por el río. «Una flotilla de 200 buques tripulada por hombres escogidos comenzó la lucha.» Las galeras otomanas son barrenadas y hundidas. Antes de que se hayan repuesto de su asombro, los dos caudillos entran en la ciudad con aclamaciones de júbilo y entusiasmo.

Furioso, Mahomet ordena un asalto. Cree imposible que puedan resistir su arrollador empuje; la ciudad baja es tomada y un gigantesco genizaro iza la bandera turca en la muralla. El sultán ya siente el orgullo de la victoria y se promete tomar fieras represalias, y, de pronto, Capistrano y Hunyade dan la señal de avance a los suyos. Se lanzan como flechas sobre los que escalan la muralla; les arrojan faginas encendidas y pez hirviente; los turcos retroceden, millares de ellos caen abrasados en los fosos. Se apodera de todos el pánico, vuelven la espalda y huyen a la desbandada.

No creyendo alcanzar con tanta facilidad la victoria y feniendo repetidos asaltos, Hunyade había prohibido, bajo pena de muerte, salir de la ciudad. Pero la disciplina en guerra de cruzada es distinta de la de las otras guerras. Cuando se pelea por Dios y su gloria, es el mismo Jesucristo el Supremo Capitán, y mociones interiores de gracia divina inspiran a los caudillos.

Capistrano, con un crucifijo en la mano y al grito de ¡Jesús!, lanza su caballo en persecución de los fugitivos, persiguiéndoles hacia el campamento turco. Todos le siguen y Hunyade con ellos. Se empeña inmediatamente una terrible batalla en el mismo campamento turco. Fue la más acerba y la más sangrienta; el mismo Mahomet se arrojó en medio de la refriega, «pero no pudo detener la derrota; sólo la llegada de 6.000 hombres que vinieron en su auxilio le salvó y cubrió la retirada. Cuando cerró la noche huyó con todo su ejército, dejando 40.000 muertos y un botín inmenso en manos del vencedor. Detrás de los fugitivos se levantó toda Servia, persiguiéndolos junto con la caballería húngara. Novoberdo se volvió a recobrar.» ¡El sultán, el héroe de los muslines, huía a uña de caballo y no se detuvo hasta Sofía!

¡Si se hubiera apoyado debidamente a Capistrano y a Hunyade, Europa hubiera quedado liberada completamente del poder musulmán!

El Papa Calixto III, que había vendido todas sus joyas y alhajas para subvencionar la cruzada, viendo cómo se había logrado este milagroso triunfo, «mandó que la fiesta de la Transfiguración del Señor, ordenada por él para el 6 de agosto, mantuviera viva en la Cristiandad la memoria de esta victoria y de sus héroes Capistrano y Hunyade».

María Asunción López



UNA CRUZADA SIN CRUZ

LA PAZ ATÓMICA

EN el número anterior reproducíamos unas declaraciones del presidente de los EE. UU. señor Truman encaminadas a explicar ante sus conciudadanos cómo la construcción de la bomba de hidrógeno había de servir la causa de la paz. Y apostillábamos tales palabras, con la campaña lanzada simultáneamente por relevantes personalidades de la vida política norteamericana, con la finalidad confesada de alcanzar a toda costa un acuerdo completo con la Rusia soviética. Vamos a tratar en el presente artículo de precisar algo más la que titulábamos ofensiva de paz, contraponiéndola con la auténtica Cruzada a la que nos llama el Romano Pontífice en estas horas gravemente confusionistas y desorientadoras por excelencia.

Uno de los políticos estadounidenses que con más entusiasmo se ha manifestado en estos días partidario de sellar un pacto con los comunistas ha sido el señor Brien Mac Mahon, senador demócrata de Connecticut y presidente del comité mixto de la energía atómica. El programa del señor Mac Mahon, pieza esencial en la ofensiva de paz democrática, está contenido principalmente en el discurso pronunciado el día 2 del pasado mes de febrero ante el Senado de su país.

Comenzaba el señor Mac Mahon poniendo de relieve que la actual posesión por los Estados Unidos de la bomba de hidrógeno evitará solamente por algunos años el desencadenamiento de una nueva catástrofe. Ese poderoso instrumento de muerte puede dar al mundo un periodo, más o menos corto, de tranquilidad, pero inevitablemente llegará el momento en que el Kremlin logrará fabricar dicho explosivo. ¿Qué sucederá entonces?

Se ha escrito —y perdónese la digresión— que una guerra diferida no era una guerra inevitable, y que el hecho mismo de que en los instantes más críticos, cuando parece inminente la conflagración, surja algún acontecimiento que la haga imposible por lo menos en el transcurso de algunos meses o años, denota que la guerra puede ser prácticamente evitada siempre, ya que es previsible que en cualquier futura crisis se produzca nuevamente un hecho capaz de provocar otro aplazamiento. Y así indefinidamente...

El razonamiento viene a reducirse a lo siguiente: como a pesar de todas las predicciones no ha estallado la tercera guerra mundial, podemos afirmar que ya no se producirá, por lo menos en muchos años. En un momento dado, la bomba atómica ha resuelto el peligro. En otro momento —el actual—, cuando se ha anunciado que la U. R. S. S. estaba en posesión del secreto y de las bombas, aparece como remedio radical la bomba de hidrógeno. ¿Por qué en el instante preciso en que los soviets logren fabricar «su» bomba de hidrógeno no pueden los hombres de ciencia que habitan en tierras de América inventar otra arma más terrible y más contundente?

No parece ser ésta la opinión del señor Mac Mahon. Estamos —dice— en plena carrera de armamentos. ¿Qué hemos de hacer?

Y contesta planjeando las dos soluciones posibles: «Una consiste en resignarnos a la "guerra fría" durante una generación, es decir, a esforzarnos a contener sin descanso la presión exterior de Rusia, manteniendo la primacía en

el rearme, aun después de que el Kremlin haya logrado obtener bombas de hidrógeno, y nutriendo la esperanza de que algún día, de un modo o de otro, la tiranía soviética terminará reconociendo sus errores y procurará reformarse interiormente.»

Contra esta solución, según el señor Mac Mahon, hay la experiencia de «cinco mil años de historia», que nos enseñan que las carreras de armamentos conducen inevitablemente a la guerra. Pero al mismo tiempo, y aun suponiendo que efectivamente pudiera evitarse la guerra, semejante política corrompería «lo que para nosotros tiene un valor superior a la ausencia de hostilidades: hablo de la libertad». Según el señor Mac Mahon, para mantener en el futuro la preponderancia militar de los Estados Unidos en relación con la U. R. S. S., sería preciso imitar cada vez más los métodos totalitarios.

La otra solución consiste «en remover cielos y tierra para poner término a la carrera de armamentos atómicos, establecer la PAZ ATÓMICA en el mundo y hacer posible que todos los hombres puedan aprovecharse de la abundancia que ha de provocar la energía atómica. Persiguiendo esta política llegáramos hasta lo más hondo de nuestras posibilidades en ingeniosidad e imaginación; no consideraríamos ninguna sugestión como demasiado sorprendente o demasiado original para ser cuidadosamente examinada». Esta solución es la que patrocina el señor Mac Mahon, y con él otros políticos y hombres de ciencia de Norteamérica como el judío David Lilienthal.

Pero, ¿cómo llevar a cabo esta empresa? Al llegar aquí, el señor Mac Mahon añade textualmente: «Queda por saber qué ofrecimiento atómico habremos de hacer por adelantado para alumbrar una *cruzada moral* por la paz.»

¿Qué significan estas palabras: «cruzada moral por la paz»?

Como se desprende del texto del discurso, la tal «cruzada» no es más que una nueva y generosa distribución de dólares en beneficio directo de la Rusia comunista y de sus satélites. Diez millares de dólares anuales durante cinco años: tal es el precio de la flamante «cruzada» que se predica allende el Atlántico. «Semejante plan Marshall, asociándose a la energía atómica, podría hacer posible un progreso material en el mundo entero y crear un espíritu universal de cooperación.» Esta es la conclusión del programa del señor Mac Mahon.

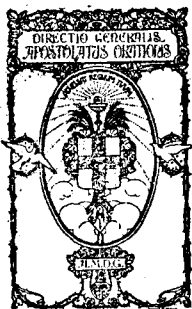
¡Porvenir magnífico y tentador! Los dólares van a salvar a la humanidad del mayor de los desastres.

Primero la bomba atómica, después la bomba de hidrógeno, han evitado la explosión de una terrible guerra; ahora será el oro acumulado en los Estados Unidos el que servirá para dar al mundo la paz que tanto anhela.

El liberalismo va a comprar al ateísmo comunista su complicidad para hacer posible que la humanidad viva una era feliz; una era en la que la libertad «sin Dios» conduzca a los hombres y a los pueblos a la esclavitud más completa, sin convulsiones innecesarias y sin destrucciones externas demasiado comprometedoras.

Y esto es lo que se califica de «cruzada moral».

Una *cruzada* sin cruz. Una *cruzada* presidida por el signo del dólar, en la cual se unirán en fraternal abrazo el ma-



Las vocaciones sacerdotales, principalmente en la América latina

(Intención del Apostolado de la Oración para el mes de abril de 1950)

Suele proponerse todos los años una intención similar—aunque no siempre bajo el mismo aspecto—y en el mismo mes en que precisamente se conmemora la institución sacerdotal. Esta intención reviste suma urgencia, pues es grande en no pocas regiones la escasez de operarios de la viña del Señor, «esto es, de hombres que, por legítimo ministerio sean medianeros entre Dios y los hombres, y consagrados de lleno a esta mediación hicieren de ella la ocupación de toda su vida como diputados para ofrecer a Dios oraciones y sacrificios públicos en nombre de la sociedad; que también y en cuanto a tal está obligada a dar a Dios culto público y social, a reconocerle como supremo Señor y primer principio; a dirigirse hacia El como a fin último, a darle gracias y hacérsele propicio». (Pío XI Enc. «Ad catholici sacerdotii. — 20-XII-1935).

Dos cosas se encomiendan a nuestras oraciones en la presente intención.

I. *Las vocaciones sacerdotales en todo el mundo.* Dirigimos principalmente a Dios nuestras instantes oraciones para rogarle despierte abundancia de vocaciones, sobre todo en donde más falta hacen. En algunas naciones se ha debilitado la vida cristiana, bajando con ella el número de vocaciones. En no pocos lugares del mundo la Iglesia de Dios es objeto de abierta y dura persecución; son éstos los puntos que se hallan bajo el yugo de los comunistas. Allí por causa de las durísimas condiciones en que se vive, las vocaciones sacerdotales corren el máximo peligro, pues en la escuela única atea se educa toda la juventud y se la corrompe en las organizaciones estatales.

II. *Las vocaciones sacerdotales sobre todo en la América latina,* en donde escasea extraordinariamente el número de sacerdotes, según puede verse en las estadísticas de algunas diócesis, publicadas por el Anuario Pontificio de 1948. Varias son las causas de que las vocaciones sacerdotales escaseen tanto allí, por ejemplo: la enemiga que, en grado mayor o menor sentían muchos gobiernos hacia la Iglesia y el hecho de que alguna vez hayan llegado hasta su persecución violenta; las frecuentes revoluciones. Por la penuria de sacerdotes se acrece la ignorancia religiosa, la formación religiosa del pueblo se echa mucho de menos y todo ello se traduce en perjuicio de las vocaciones.

Nuestro Señor Jesucristo nos exhorta a pedir instantemente que nos sean dados buenos pastores; «rogad, pues, al Señor de la mies que envíe muchos operarios a su campo». La abundancia y santidad de los sacerdotes es un gran beneficio del Sagrado Corazón a cada pueblo en particular. Por su escasez actual en la mies abundantísima, quiere nuestro Redentor que los suyos le oren con insistencia para que envíe muchos e idóneos operarios a su mies elegida.

terialismo comunista y el materialismo liberal, es decir, los que acometen empresas contra Dios y los que prescinden de Dios mismo (1).

Frente a tan vanas tentativas aparece un «símbolo de alto valor» (2); «una realidad fuera de la cual toda la evolución del pasado no sería sino un enigma inexplicable»; un territorio «imperceptible en los mapamundis y en los planos»: la Ciudad del Vaticano. ¿Y cuál es su fuerza armada? «Una realidad material casi inexistente. El potencial de guerra de este Estado minúsculo es nulo. Su potencial de paz, incalculable.»

(1) León XIII, *Humanum genus*.

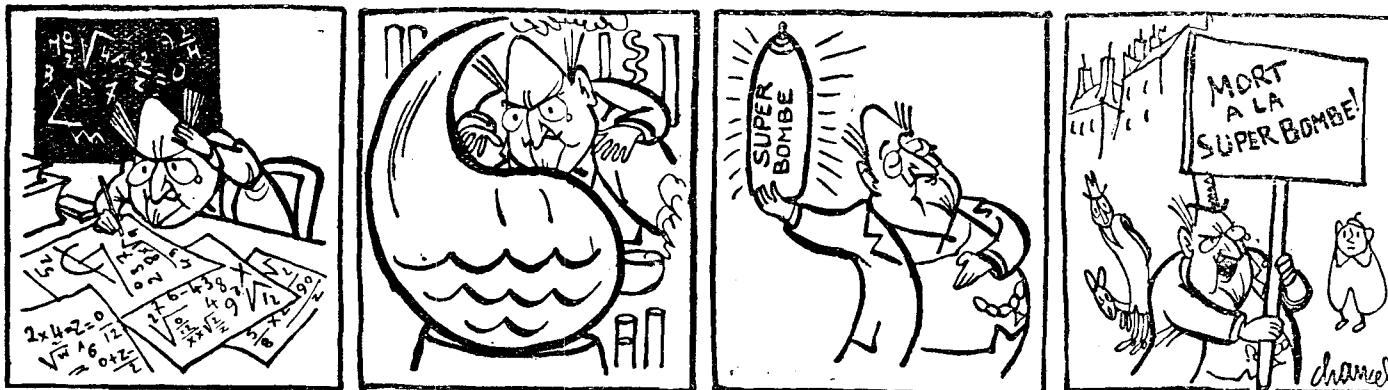
(2) Pío XII. Discurso al Cuerpo Diplomático, 28 de diciembre de 1949.

Allí ha de acudir la humanidad si verdaderamente desea la paz buena. No la paz del dólar, ni de la bomba atómica. Sino la paz que ha de ser fruto de la plegaria humilde y confiada y de la penitencia reparadora. A ello nos llama el Papa; a la nueva cruzada de oración para atraer la misericordia y la gracia de Dios. De nuestra entrega y de nuestra perseverancia, depende el que brille con mayor fulgor «la esperanza de encontrar la paz y la reconciliación en el Corazón de nuestro Redentor, y aun más presto de lo que nos atrevemos a esperar» (3).

José-Oriol Cuffi Canadell

(3) Proclama de la Dirección General del Apostolado de la Oración.

M. BARBITRAS SAVANT ATOMIQUE



(De Carrefour, núm. 284)

La opinión pública y la prensa católica

DISCURSO DE S. S. EL PAPA

AL CONGRESO DE PRENSA CATÓLICA CELEBRADO EN ROMA

La importancia de la prensa católica, que vosotros representáis, amadísimos hijos, en este congreso internacional, y la gravedad de los problemas que se proponen a vuestro estudio, Nos ha movido a hacer una excepción, para recibirlos, a la norma que con vivo pesar hemos tenido que imponernos, de limitarnos, de suspender incluso por lo regular, Nuestros discursos y Nuestras alocuciones, en el curso del Año Santo. Pero esta vez no podíamos dejar de prestar la cooperación de Nuestra palabra al gran objeto de vuestra reunión. Tan vasto como sugestivo es éste: la prensa católica al servicio de la verdad, de la justicia y de la paz.

La opinión pública, patrimonio de toda sociedad normal

Es en consideración a uno de los aspectos capitales de este servicio por lo que juzgamos oportuno proponer a vuestras meditaciones algunos principios fundamentales concernientes al papel de la prensa católica en sus relaciones con la opinión pública. Porque es un hecho que ella ocupa el primer plano entre los factores que contribuyen a su formación y difusión.

La opinión pública es, en efecto, el patrimonio de toda sociedad normal formada por hombres que, conscientes de su conducta personal y social, están íntimamente comprometidos en la comunidad de la cual son los miembros. Es en todas partes, y en fin de cuentas, el eco natural, la resonancia común, más o menos espontánea, de los acontecimientos y de la situación actual en su espíritu y en sus juicios.

Allí donde no apareciera ninguna manifestación de la opinión pública, allí, sobre todo, donde fuese preciso afirmar su real inexistencia, fuese cual fuese la razón por que se explicase su mutismo o su ausencia, debería verse en ello un vicio, una debilidad, una enfermedad de la vida social.

Males que se siguen de atentar contra la opinión pública

Dejamos aparte, evidentemente, el caso de que la opinión pública guarda silencio en un mundo del que aun la justa libertad se halla desterrada y en que, de un modo exclusivo, la opinión de los partidos que detentan el poder, la opinión de los jefes o dictadores es admitida a hacer oír su voz. Ahogar la de los ciudadanos, reducirla a un forzado silencio, es, a los ojos de todo cristiano, un atentado al derecho natural del hombre, una violación del orden del mundo tal como Dios lo ha establecido.

¿Quién no adivina las angustias, el desorden moral en que semejante estado de cosas sume la conciencia de los hombres de la prensa? En verdad, Nos habíamos esperado que las experiencias harto duras del pasado habrían servido al menos de lección para liberar definitivamente a la sociedad de una tiranía tan escandalosa y poner término a un ultraje tan humillante para los periodistas y para sus

lectores. Si, no menos vivamente que vosotros, Nos lo habíamos esperado y Nuestra decepción no es menos amarga que la vuestra.

¡Lamentable situación! Tan deplorable y acaso más funesta todavía por sus consecuencias, es la de los pueblos en que la opinión pública permanece muda, no porque se vea amordazada por una fuerza exterior, sino porque le faltan sus presupuestos interiores, que deben existir en todos los hombres que viven en comunidad.

Lo que debemos entender por opinión pública

Nos reconocemos en la opinión pública un eco natural, una resonancia común, más o menos espontánea, de los hechos y de las circunstancias en el espíritu y los juicios de las personas que se sienten responsables y estrechamente ligadas a la suerte de su comunidad. Nuestras palabras señalan casi otras tantas razones por las cuales la opinión pública se forma y se expresa tan difícilmente. Lo que se designa hoy día con el nombre de opinión pública no tiene a menudo más que el nombre de tal, nombre vacío de significación, algo así como un vago rumor, una impresión ficticia y superficial; nada de un eco que despertó espontáneamente en la conciencia de la sociedad y que emana de ella.

La opinión pública en la actualidad. Escasez de personas que hoy reunan las condiciones requeridas para orientarla

Pero estos hombres, profundamente penetrados del sentido de su responsabilidad y de su estrecha solidaridad con el medio en que viven, ¿dónde encontrarlos? No hay ya tradiciones, ni hogar estable, ni seguridad de la vida, ni nada de lo que hubiera podido mantener a raya la obra de la disgregación y, harto a menudo, de la destrucción. Añadido el abuso de la fuerza de las gigantescas organizaciones de las masas que, apoderándose del hombre moderno en su complicado engranaje, ahogan sin esfuerzo toda espontaneidad de la opinión pública y la reducen a un conformismo ciego y dócil de las ideas y juicios.

¿Es que habrían desaparecido ya, en tales naciones infortunadas, los hombres dignos de este nombre, marcados con el sello de una verdadera personalidad, capaces de hacer posible la vida interior de la sociedad; hombres que, a la luz de los principios centrales de la vida, a la luz de las sólidas convicciones, sepan contemplar a Dios, al mundo y a todos los acontecimientos, grandes o pequeños, que en él se suceden? Parece que hombres de esta clase, gracias a la rectitud de su juicio y de sus sentimientos, deberían ser los llamados a edificar piedra a piedra el muro sólido en que, viniendo a chocar, la voz de tales acontecimientos se reflejaría con un eco espontáneo. Sin duda, hay todavía hombres así. ¡Mas, ah, demasiado pocos, por desgracia!, y, cada día en menor número, a medida que entran a substituirles individuos escépticos, hastiados, negligentes, sin consistencia ni carácter, movidos a su arbitrio por unos pocos que dirigen el juego.

Peligros a que se halla expuesta ahora la formación de la opinión pública. Lo que debe ser una sana opinión pública

El hombre moderno afecta gustoso actitudes independientes y desenvueltas. Mas, por lo común, éstas no pasan de ser una fachada tras la cual se ocultan pobres seres, vacíos, flojos, sin fuerza de espíritu para desenmascarar la mentira, sin fuerza en el alma para resistir a la violencia de los que son más hábiles en poner en juego todos los resortes de la técnica moderna, todo el refinado arte de la persuasión para despojarles de su libertad de pensamiento y hacerles parejos a las leves «cañas agitadas al viento» (Math., 11, 7).

¿Sería alguien osado de decir con seguridad que la mayoría de los hombres es apta para juzgar, apreciar los hechos y las corrientes en su verdadera importancia, de suerte que la opinión sea guiada por la razón? He ahí, sin embargo, un requisito *sine qua non* de su valor y de su salud. ¿No se advierte, en lugar de ello, que esta manera —la única legítima— de juzgar hombres y cosas, según reglas claras y justos principios, es repudiada como una traba de la espontaneidad, y que, por el contrario, la impulsión y la reacción sensitivas del instinto son ensalzadas como los únicos «valores de la vida»? Bajo la acción de este prejuicio, lo que subsiste de la razón humana y de su fuerza de penetración en el profundo dédalo de la realidad es poca cosa. Los hombres de buen sentido no cuentan ya; quedan aquellos cuyo campo visual no alcanza más lejos de su limitada especialidad, ni más allá de la capacidad puramente técnica. No es de esta clase de hombres de quienes se puede esperar, ordinariamente, la educación de la opinión pública ni la firmeza frente a la astuta propaganda que se arroga el privilegio de moldearla a su agrado. En este terreno, los hombres de espíritu cristiano, sencillo, recto, pero claro, aunque en su mayor parte no tengan grandes estudios, les son, con mucho, superiores.

Los hombres en quienes debiera recaer la función de ilustrar y guiar a la opinión pública se ven, pues, a menudo, los unos por su mala voluntad o por su insuficiencia, los otros por imposibilidad o por presiones, en mala postura para llenar su cometido con libertad y fruto. Semejante situación desfavorable afecta en particular a la prensa católica en su acción al servicio de la opinión pública. Pues todos los desfallecimientos, las incapacidades, de que Nos acabamos de hablar, conducen a la violación de la organización natural de la sociedad humana como Dios la ha querido, a la mutilación del hombre, que, formado a imagen de su Creador y dotado por El de inteligencia, ha sido colocado en el mundo para dominarlo, imbuido de la verdad, dócil a los preceptos de la ley moral, del derecho natural y de la doctrina sobrenatural contenida en la revelación de Cristo.

Los peores peligros con que debe luchar el periodista católico: la pusilanimidad y el abatimiento. Debe tomar ejemplo de la Iglesia

En tal situación, la pusilanimidad y el abatimiento serían para el publicista católico el más temible de todos los males. Contemplad a la Iglesia: desde hace casi dos milenios, en medio de todas las dificultades, contradicciones, incomprensiones y persecuciones claras o encubiertas, no se ha desanimado jamás, jamás se ha dejado deprimir. Tomadla como modelo. Ved, en las deficiencias lamentables que Nos acabamos de señalar, el doble cuadro de lo que no debe ser y de lo que debe ser la prensa católica.

En toda su manera de ser y de obrar debe oponer un obstáculo infranqueable al retroceso progresivo, a la desaparición de las condiciones fundamentales de una sana opinión pública, y consolidar, y aun fortalecer, lo que

queda de ella. Renuncie gustosa a los vanos provechos de un interés vulgar o de una popularidad de mala ley; sepa mantenerse con una enérgica y altiva dignidad, inaccesible a todas las tentativas indirectas de corrupción. Tenga el valor —aunque fuere a costa de sacrificios pecuniarios— de proscribir implacablemente de sus páginas todo anuncio, toda publicación que ultraje a la fe o a la honradez. Si así obra, ganará en valor intrínseco, acabará por conquistar la estimación y, luego, la confianza; justificará la consigna repetida con frecuencia: «En todo hogar católico, el periódico católico.»

La opinión pública no es infalible, ni siempre absolutamente espontánea

Pero, aun suponiendo las mejores condiciones exteriores e interiores en las que se desarrolla y propaga, la opinión pública no es, a pesar de todo, infalible, ni siempre absolutamente espontánea. La complejidad o novedad de los acontecimientos y situaciones pueden ejercer una influencia importante en su formación, sin contar con que no se libra fácilmente así de los juicios preconcebidos como de la corriente dominante en las ideas, aun en el caso de que la reacción estuviese objetivamente justificada, aun en el caso de que se impusiese. Y es éste el campo donde la prensa tiene un papel eminente que ejercitar en la educación de la opinión pública, no para dictarla o regentarla, sino para servirla de una manera útil.

Delicada tarea de la prensa católica en la educación de la opinión pública. Condiciones que dicha tarea exige de sus miembros

Esta delicada tarea supone en los miembros de la prensa católica competencia, cultura general, sobre todo filosófica y teológica, las dotes de estilo y tacto psicológico. Pero lo que les es indispensable, por encima de todo, es el carácter. El carácter, esto es, sencillamente, el amor profundo e inalterable respecto del orden divino, que abraza y anima todos los ámbitos de la vida; amor y respeto que el periodista católico no debe contentarse con sentir y nutrir en el secreto de su propio corazón, sino que debe cultivar en el de sus lectores. En determinados casos, la llama que así brota bastará para encender o reanimar en ellos la centelita casi extinta de convicciones y sentimientos adormecidos en el fondo de su conciencia. En otros casos, su amplitud de miras y de juicio podrá abrir los ojos, fijos con excesiva timidez en prejuicios tradicionales. En los unos como en los otros, se abstendrá siempre de «crear» la opinión; mejor que esto, ambicionará servirla.

Estimamos que esta concepción católica de la opinión pública, de su funcionamiento y de los servicios que la prensa le presta, es, desde luego, cierta, y que es necesaria para desbrozar a los hombres, de acuerdo con vuestro ideal, el camino de la verdad, de la justicia y de la paz.

La actitud de la Iglesia frente a la opinión pública la constituye en dique contra el totalitarismo

Así, por su actitud frente a la opinión pública, la Iglesia se coloca como un dique contra el totalitarismo, que, por su naturaleza misma, es forzosamente enemigo de la verdadera y libre opinión de los ciudadanos. En efecto, por su naturaleza misma reniega de este orden divino y de la relativa autonomía que éste reconoce a todos los campos de la vida, en tanto que todos ellos tienen en Dios su origen.

Esta oposición se ha afirmado manifiestamente una vez más con ocasión de los dos discursos en que Nos procuramos aclarar la posición del juez frente a la ley. Hablábamos entonces de las normas objetivas del derecho, del derecho divino natural, que garantiza a la vida jurídica de

los hombres la autonomía requerida por una viva y segura adaptación a las condiciones de cada tiempo. Que los totalitarios, para quienes la ley y el derecho no son otra cosa que instrumentos a disposición de los círculos dominantes, ya Nos lo esperábamos. Pero encontrar la misma incompreensión por parte de ciertos medios que, desde tiempo ha, se habían erigido en campeones de la concepción liberal de la vida, que habían condenado a hombres por la sola culpa de sus compromisos con leyes y preceptos contrarios a la moral, ¡he ahí lo que es muy propio para provocar nuestra sorpresa! Pues, en fin, que el juez, al pronunciar la sentencia, se sienta ligado por la ley positiva y obligado a interpretarla fielmente, no pugna con el reconocimiento del derecho natural; más aún, es una exigencia del mismo. Pero lo que no puede legítimamente concederse es que este vínculo sea anudado de un modo exclusivo por el acto del legislador humano de quien emana la ley. Ello equivaldría a reconocer a la legislación positiva una pseudomajestad que no diferiría en nada de la que el racismo o nacionalsocialismo atribuían a la producción jurídica totalitaria, poniendo bajo sus pies los derechos naturales de las personas físicas y morales.

Otro campo de acción para la prensa católica

Aquí también la prensa católica tiene asignado su sitio para expresar en fórmulas claras el pensamiento del pueblo, confuso, vacilante, embarazado, ante el mecanismo moderno de la legislación positiva, mecanismo peligroso desde el momento que se cesa de ver en esta última una derivación del derecho divino natural.

Esta concepción de la opinión pública y del servicio que le presta la prensa, sólida garantía de la paz

Esta concepción católica de la opinión pública y del servicio que la prensa le presta es, además, una sólida garantía de la paz. Ella adopta una decidida posición en pro de la justa libertad de pensamiento y en pro del derecho de los hombres a su juicio propio, pero los contempla a la luz de la ley divina. Lo que equivale a decir que todo aquel que desca ponerse lealmente al servicio de la opinión pública, tanto si es la autoridad social, como la prensa misma, debe prohibirse absolutamente toda mentira o excitación. ¿No es evidente que semejante disposición de espíritu y voluntad reacciona eficazmente contra el clima de guerra? Desde el momento, por el contrario, que la pretendida opinión pública es dictada, impuesta, de grado o por fuerza, desde el momento que las mentiras, los prejuicios parciales, los artificios de estilo, los efectos de voz y gestos, la explotación del sentimiento, vienen a hacer ilusorio el justo derecho de los hombres a su propio juicio, a sus propias convicciones, al punto se crea una atmósfera densa, malsana, ficticia, que, en el curso de los acontecimientos, de improviso, con la misma fatalidad que los odio-

sos procedimientos químicos hoy demasiado conocidos, sofoca o adormece a estos mismos hombres y les fuerza a entregar sus bienes y su sangre para la defensa y el triunfo de una causa falsa e injusta. En verdad, allí donde deja de funcionar libremente la opinión pública se halla en peligro la paz.

La opinión pública en el seno de la Iglesia

Finalmente, quisiéramos añadir todavía una palabra relativa al seno mismo de la Iglesia (naturalmente, en las materias dejadas a la libre discusión). No hay por qué admirarse de esto, sino por parte de aquellos que no conocen a la Iglesia o que la conocen mal. Pues, en fin, ella es un cuerpo vivo y le faltaría algo a su vida si le faltase la opinión pública, falta cuya responsabilidad recaería sobre pastores y fieles. Pero también aquí puede prestar muy útiles servicios. A éste, no obstante, más que a ningún otro servicio debe el publicista católico aportar el carácter de que Nos hemos hablado y que está formado de inalterable respeto y amor profundo al orden divino, es decir, en el presente caso, hacia la Iglesia, tal cual existe, no sólo en los eternos designios, sino cual vive concretamente acá abajo en el espacio y en el tiempo, divina sí, pero formada por miembros y órganos humanos.

Si posee este carácter, el publicista católico sabrá mantenerse tan lejos de un mudo servilismo, como de una crítica sin control. Cooperará, con una firme claridad, a la formación de una opinión católica dentro de la Iglesia, precisamente cuando, como ocurre hoy, esta opinión oscila entre los dos polos igualmente peligrosos de un espiritualismo ilusorio e irreal y un realismo derrotista y materializante. Distanciada de estos extremos, la prensa católica deberá ejercer, entre los fieles, su influencia sobre la opinión pública de la Iglesia. Sólo así será posible eludir todas las ideas falsas, por exceso o por defecto, relativas al papel y posibilidades de la Iglesia en el dominio temporal, y, en nuestros días, sobre todo, en la cuestión social y en el problema de la paz.

Glorias del periodismo católico

No hemos de acabar sin dirigir nuestro pensamiento hacia tantos hombres, verdaderamente grandes, honor y gloria del periodismo y de la prensa católica de los tiempos modernos. Desde hace un siglo, se yerguen ante nosotros como modelos de actividad espiritual; mejor aún: de sus filas se han levantado hoy los verdaderos mártires de la buena causa, los valientes confesores, en medio de las dificultades espirituales y temporales de la existencia. ¡Bendita sea su memoria! Que su recuerdo os sirva de fortaleza y aliento en el cumplimiento de vuestro rudo pero importante deber.

Confianza que, a ejemplo suyo, cumpliréis fiel y fructuosamente el vuestro, os damos de todo corazón, amadísimo hijos, Nuestra Bendición Apostólica.



Beatificaciones en el Año Santo

Lección y ejemplaridad de los nuevos Beatos

«El Año Santo —traducimos de un precioso folleto de nuestra colaboradora María Winowska— es un tiempo de brillantes promociones y gozosos inventarios. Como una buena madre estremecida de legítimo orgullo, la Iglesia hace valer los méritos y las virtudes de sus hijos más preclaros. El Año Santo es un año de santos. Y helos aquí subiéndolo a los altares en un cortejo de luces. ¡De tal manera parecidos y, sin embargo, tan diferentes! Señalados todos con el signo indeleble de la divina semejanza y maravillosamente diferenciados por la gracia, que no trabaja “en serie”, sino que se complace en crear de lo inédito, llamando a cada uno por su nombre: este “nombre nuevo” de que nos habla el Apocalipsis y que es un llamamiento.»

«A este llamamiento sólo los santos dan una perfecta respuesta. ¡Para Dios, que les invita, son ellos una respuesta viva! Tanto más personal, única, irremplazable, cuanto que se han predispuesto con más ardor y más generoso impulso a su gracia avasalladora. Idénticos a ellos mismos, porque no se pertenecen en absoluto a sí mismos. La mayor parte de nosotros quedamos sólo como bosquejos, pedazos de una obra maestra mutilada. Sólo los santos hacen honor a la raza humana, en la plenitud de la ofrenda que les llena. En el firmamento de su gloria, la Iglesia de Cristo no encuentra dos estrellas semejantes: cada santo es una sorpresa fulgurante que arrebató a los ángeles.»

El Beato Vicente Palloti

En las primicias de este año trascendental, y en la primera gran ceremonia después de la apertura de la Puerta Santa, es elevado al supremo honor de los altares el venerable Vicente Palloti. Sacerdote italiano, figura humildísima, su vida y su apostolado son un alto ejemplo con que la Iglesia quiere ilustrar nuestras mentes y mover nuestra voluntad hacia su más perfecta imitación.

Vicente Palloti es uno de los más conspicuos precursores de la Acción Católica. El campo de su apostolado fecundo no se acota a la labor infatigable de su ministerio sacerdotal; ni constituye merma en el fervor e intensidad con que se entrega a la salvación de las almas en la predicación y en el confesionario, el hecho de buscar una trascendencia ilimitada a sus desvelos en el campo secular. Podría decirse de él que es un santo moderno, y no porque la santidad sufra modificación esencial ninguna con el transcurso de los siglos, ni menos porque se pueda conseguir hoy la cumbre de la perfección con acomodos imposibles



Beata López Vicuña

muy del agrado de quienes no conocen el secreto de la santidad, sino porque supo aplicar el caudal de sus virtudes a las necesidades imperiosas de su tiempo, captando sutilmente sus exigencias más vitales. Y exigencia vital era la de encontrar entre los laicos los auxiliares del sacerdote en su misión santa de extender el Reino de Cristo. «Los sacerdotes —se decía— no pueden, solos, asumir la empresa de salvar al mundo. Les hacen falta, y pronto, eficaces colaboradores.»

«¿Cómo lo hacía la Iglesia en los primeros tiempos, ardiendo todavía las llamas de Pentecostés? Muy sencillo: todos eran testimonios activos de Cristo: hombres, mujeres, niños, clérigos, laicos. La vocación cristiana implica este llamamiento preciso y esta movilización general. ¿Por qué lo que valía entonces no había de valer hoy? ¿Por qué no enrolosarlos a todos para salvar a todas las almas? Médicos, catedráticos, artesanos, criados, colonos, enfermos, prisioneros, madres de familia, niños. ¿Qué ofensivas no se podrían emprender con tropas agrupadas de esta manera? Muchos son buenos cristianos, pero un tanto adormecidos. Despertémosles pronto, se decía Don Palloti, y procuremos hacerles comprender que son responsables del universo.»

«Habría empresa semejante que tenga más claros caracteres de actualidad, esa actualidad que obsesiona al hombre inquieto de nuestro tiempo? ¿No se levanta también hoy bandera de cruzada para levantar el espíritu decaído y escéptico de una sociedad apóstata? La humildad de los santos va mucho más allá del cálculo y las especulaciones del sabio. Don Vicente Palloti intuye la necesidad de una movilización general del pueblo cristiano; y a conseguirla consagra sus afanes apostólicos, su oración constante, sus largas vigiliias, sus incesantes sacrificios. Con este mismo nombre, «movilización general del pueblo cristiano», definirá luego Pío XI el carácter distintivo de la Acción Católica.»

Lo que entonces pudo parecer revolucionario —todas las empresas grandes revisten parecidos caracteres y suscitan iguales temores— hoy se admite como postulado inconcuso. La Iglesia llama a todos los fieles para colaborar en la más ambiciosa tarea que jamás se impusiera: la instauración efectiva del Reinado de Cristo en la sociedad que, necesitada de Él para vivir y prosperar, se aparta ciegamente para ir a la ruina total y muerte definitiva.

«Las obras de Dios —seguimos los apuntes biográficos de María Winowska— se hacen con poco ruido y con medios pobres (perpetua lección para el orgullo y la fatuidad de los hombres!). Abismado en su nada, Don Palloti no osaba creer que realmente Dios le confiaba esta empresa, a él, ¡la más vil de las criaturas! Tuvo que rendirse a la obediencia. Sus largos años de trabajo ardiente habían preparado un núcleo de equipo que sabía a qué atenerse. Para lanzar la frágil navicilla en plena mar bastó un capirotazo...»

«... Luego, los que abren nuevos caminos son por principio roturadores. Deben ir contra la corriente establecida y en boga, abrirse camino a través de la maleza de los prejuicios y de la rutina, combatir la esclerosis del hábito. Invitando a los laicos a un apostolado activo, dirigido, mas no estorbado por la jerarquía, Don Palloti renovaba una tradición secular, pero debía saltar a pie juntillas por encima de toda una época de recelosas restricciones que parecían hacer del apostolado una especie de “coto cerrado”. La herida abierta en la carne viva de la Iglesia y que desde hacía tres siglos sangraba sin cesar, explicaba muy bien estas reservas. ¿No habían, acaso, los protestantes viciado en su base la idea misma y el sentido del apostolado laico despreciando la dignidad eminente del sacerdocio jerárquico? Siempre es peligroso enseñar el catecismo contra alguien. Defendiendo las verdades combatidas nos expone-



Beata Soledad Torres Acosta

mos mucho a olvidar las verdades que ya poseemos. Por eso la Iglesia las reivindica todas; y no es, ciertamente, el menor signo de su admirable vitalidad el haber recibido estos vigorosos golpes a través de la historia para restablecer el equilibrio amenazado.

»Naturalmente son los santos, portavoces de la Iglesia, los que pagan las consecuencias. Todos ellos parecen revolucionarios porque todos ellos participan de su eterna juventud. Tradición y esclerosis son términos antitéticos. No hace falta sino el sólido trampolín de estos milenarios escritos bajo el dictado del Espíritu Santo para saltar hacia el porvenir. Sólo los santos saben descifrar los secretos de la historia. ¿Sus títulos de credibilidad? Una docilidad sin límites, absoluta, heroica, hacia la Iglesia, que a menudo los prueba antes de promoverlos. Un fundador que no fuera capaz de rayar todas sus obras de un trazo de pluma a la menor señal de la que es su Madre, no es digno de sus privilegios.»

He aquí unos ligeros trazos de la obra del beato Vicente Palloti. La vida que permitió empresas tan gigantescas y tan logradas tiene de común con la de todos los santos una humildad elevada al sumo grado, piedra de toque y base de toda virtud; y una caridad abrasadora que sólo se saciaba en la contemplación de lo infinito. Las demás virtudes —la paciencia era una de las notas distintivas de Don Palloti— eran el fruto sazonado de esa humildad y de esa entrega total, plena, a la bondad y omnipotencia de Dios.

Las Madres López Vicuña y Torres Acosta

En el mes de febrero fueron beatificadas dos religiosas españolas, fundadoras ambas de sendas órdenes religiosas, la del Servicio doméstico, la madre Vicenta López Vicuña, y la de las Siervas de María para el cuidado de enfermos, la madre Soledad Torres Acosta.

Ejemplos vivos del poder sobrenatural de la fe y de todas las virtudes cristianas para llevar a cabo las más altas empresas, ¡incluso en el orden puramente humano y material! Dos humildes religiosas que, entregadas por entero a Dios, realizan una obra magna, arraigada hoy en todas las partes del mundo.

Una doncella navarra, devotísima del Sagrado Corazón de Jesús, Vicenta López Vicuña, nacida de padres ilustres, deja en el apogeo de su juventud los atractivos todos con que el mundo la halagaba para seguir la voz de Dios y fundar una nueva orden religiosa que tuviera como objetivo la formación moral y espiritual de las jóvenes dedicadas al servicio doméstico. En las empresas que tienen por fin la gloria de Dios no son obstáculo las consideraciones de lujre y abolengo sociales. Y la madre López Vicuña, en quien la humildad imprime un carácter indele-

ble en toda su vida y su obra, halla la satisfacción plena de su ideal apostólico en el cuidado de personas humildes cuyas almas son el objeto predilecto de sus desvelos. La dolorosa separación de sus padres, las múltiples pruebas y humillaciones por que ha de pasar antes de ver realizados sus proyectos no sirven sino para acrisolar más y más sus virtudes excelsas. Las obras de Dios no suelen tener el sello de una prosperidad fácil. En este sentido, la que recayó sobre los hombros de la santa navarra tuvo todas las características que acompañan a las empresas verdaderamente apostólicas: dificultades graves en la iniciación, peligros constantes en su avance (la fundadora enfermó seriamente en el período álgido de la marcha de la nueva orden) y el olor sobrenatural que respiran todos sus pasos, como si Dios se complaciera en manifestar de continuo los infinitos recursos de su gracia buscando como instrumentos de sus designios más altos los elementos más débiles de cuantos ofrece la humana impotencia.

La fundadora de las Siervas de María, «ministras de los fermos», la madre Soledad Torres Acosta, constituye también otro ejemplo brillante de la potencia avasalladora que Dios se complace en dar a los humildes para ejecutar sus planes providenciales. De hogar modesto, y de figura y porte sumamente sencillos, supo llevar con brio y con acierto el timón de una nueva orden religiosa que trabajara para la salud temporal y eterna de los enfermos. «Heroicamente humilde, edificadamente mansa, ardentemente caritativa», su vida es una cadena constante de sufrimientos y mortificaciones sobrellevados con ejemplar resignación.

«De pobre apariencia, pero de superior espíritu; de temple santamente enérgico y al mismo tiempo de carácter dulcísimo; sencilla hasta la ingenuidad, y animada de los más levantados sentimientos, ni la prosperidad la engreía, ni las adversidades la acobardaban, ni los enemigos más poderosos la hacían desviarse del camino en que la gloria de Dios y la salvación de las almas la habían colocado. Gracias a estas cualidades, a la ilimitada confianza que tenía en Dios nuestro Señor y en su Santísima Madre, a la eficacia de sus oraciones, al mérito de sus buenas obras y extraordinarias virtudes, pudo llevar a cabo tantas y tan excelsas empresas.»

Su acendrada y sólida devoción al Sacratísimo Corazón de Jesús produjo en su alma la exuberancia de virtudes con que resistió sus enfermedades y la energía con que acometió empresas casi legendarias. La extensión y el prestigio de la orden por ella fundada son el más elocuente testimonio de la vitalidad que adquiere un cuerpo débil al que alienta una alma varonil fortalecida por la gracia.

LOS SANTOS SON FAROS DE LA SOCIEDAD

Los esfuerzos que la inteligencia del hombre está haciendo para procurar el bienestar social no han dado hasta el presente el resultado que de ellos se esperaba. El ingenio humano, tan pródigo en inventar nuevas maneras de



Beato Vicente Palloti

COLABORACIÓN

hacer fácil y agradable nuestra existencia, no ha conseguido garantizar siquiera momentáneamente la felicidad a que por su propia naturaleza querían encaminarse tales inventos. La impotencia de los hombres sabios se ha puesto una vez más de manifiesto. Los santos, en cambio, allanado el camino por su humildad, consiguieron con medios más pobres lo que los poderosos no han alcanzado con la múltiple variedad de sus resortes inmensos.

Y este fruto logrado —no hay que olvidarlo— no ha sido exclusivamente individual, intrascendente. La socie-

dad ha sido siempre la beneficiaria, como es también la que recoge los frutos del mal y de la soberbia, tolerados o aplaudidos por la muchedumbre casi infinita de los que tienen fe en la materia.

¡Honor a la Iglesia, madre verdadera de hombres y pueblos, que al proclamar las virtudes heroicas de los santos estimula a nuestra flaca naturaleza a seguir la senda que ellos nos trazan y nos enseña por su ejemplo la fuente misma del bien y de la paz que la humanidad persigue por tortuosos y equivocados senderos!

Roberto Coll Vinent

CODICIA DE RIQUEZAS

El caso del general Perón nos invita al comentario. Vamos a intentarlo. Como el arquero, sacamos de nuestra aljaba la oportuna saeta y disparamos al corazón mismo de la tesis. Es decir, nos remontamos, desde el caso particular, a la tesis generalísima. Ni este caso, ni otros análogos, concentran nuestra atención. La Prensa de días atrás nos informa de que Perón va a querellarse contra sus calumniadores. «Se ha dicho —expuso el general— que subí pobre al Poder y voy a bajar rico; que he comprado una quinta en el pueblo de San Vicente, que costó tres millones de pesos, lo que es totalmente falso. Cuando subí al Gobierno, la primera medida que tomé, como la han tomado los que forman parte del elenco de la casa del Gobierno, fué hacer una declaración jurada de los bienes que poseía antes de asumir el cargo de presidente de la nación, ante el señor escribano del Gobierno.» Se trajo la declaración, se rompieron sus lacres y se leyó el contenido ante los representantes de la Prensa. Y, en vista de ello, el presidente anunció que iba a entablar querrela contra los periódicos calumniadores. El fallo de la justicia será la victoria definitiva del inocente.

Pero repetimos que este caso sólo nos sirve de plataforma. Desde ella queremos catapultar, una tras otra, nuestras reflexiones. ¿En qué dirección? En la misma que señaló el Papa Pío XII cuando le presentó sus credenciales nuestro embajador, señor Ruiz Jiménez. Decía el Padre Santo: «Ojalá, señor embajador, que las grandes verdades de nuestra sacrosanta religión ahonden cada vez más en el alma del pueblo español, contribuyendo a la constante elevación moral y material de las clases más humildes, como es nuestra perenne preocupación, manteniendo en la vida familiar la preciosa herencia de las viejas tradiciones, cerrando el paso a la codicia de las riquezas, tentación fácil de todos los tiempos difíciles...»

* * *

Las crisis de los pueblos, las circunstancias anormales, son el río revuelto donde lanza sus redes la codicia y el egoísmo. Es la tentación fácil en los tiempos difíciles. Ocasión propicia para especulaciones, para juegos innobles de bolsa, para el estraperlo, para el mercado negro. Surgen esas fortunas inexplicables en una conciencia honrada. Fortunas que escandalizan por su rapidez, por su volumen y por su ostentación. De cuando en cuando algún proceso sensacional, algunas multas de cifras con muchos ceros, clausura de algunas fábricas o intervención de tales industrias. No cabe duda, se da cierta satisfacción a la justicia. La satisfacción completa han de darla luego los tribunales,

deshaciendo la fortuna amasada. Sin miedo y sin cansancio. Hasta que desaparezca esa devoradora fauna de «nuevos ricos» —en el mal sentido de la palabra— que emergen en todos los rincones podridos del mundo y en todos los climas apestados. En *todos los tiempos difíciles*.

Nadie podrá negar que hay circunstancias en que la tentación es más fácil: cuando tiene uno en sus manos determinados resortes. Precisamente porque la tentación es más fácil, adquiere pronto la calumnia apariencias de verdad más irresistibles. Por eso, la honradez intachable —que en otros casos es vulgar— suscita nuestra honda admiración y despierta todas las simpatías. ¿Quién duda que hay resortes con propiedades maravillosas, como esas varitas mágicas en los cuentos de hadas? A veces serán necesarias ingeniosas combinaciones para descifrarlos. A veces es todo bien sencillo: media vuelta a la llave y se derrama abundante el chorro de oro. Acusadores y calumniadores apuntan siempre a los resortes del Gobierno. Eso ha sucedido en el caso del general Perón. Sería simple estrechar el sentido de la palabra *Gobierno*. No; hay que ampliarlo hasta la más extrema periferia. Hasta las últimas ramificaciones de cualquier puesto político o administrativo de la nación. El Gobierno no está sólo en los departamentos ministeriales, sino en todos sus órganos de las provincias, de las ciudades y de los pueblos, Aun en los Sindicatos, en las Fiscalías, en los llamados «servicios nacionales», en los municipios. Y nada puede haber tan lamentable y tan escandaloso como hacer funcionar en provecho propio los maravillosos resortes. *Tentación fácil*. Sería ejemplar una revisión de fortunas, antes y después de cualquier cargo administrativo o de cualquier actuación política.

* * *

La responsabilidad es infinitamente mayor cuando las circunstancias económicas de un pueblo son más críticas y cuando la situación es para muchos insostenible. Entonces, el contraste es también hartó más doloroso. Entonces la corrupción es doble pecado. Porque entonces la caridad y la justicia exigen a los directores todos de la sociedad (en cualquier esfera que se encuentren) no sólo la honradez más extrema, sino hasta la sencillez y la austeridad de la vida. Así es como ellos conservan su conciencia limpia ante Dios. Y así mantienen la autoridad necesaria para imponer la justicia social, que lleva consigo *la elevación moral y material de las clases más humildes*.

Estas reflexiones ocurrían a propósito del caso Perón. Pero, claro está, que valen en Argentina lo mismo que en todas las naciones del mundo.

(De *Razón y Fe*, núm. 625, págs. 113-115)



AL REINO DE CRISTO POR LA DEVOCION A SU SAGRADO CORAZÓN. — *Documentos Pontificios*. — Prólogo, traducción, introducciones y notas por el P. HILARIO MARÍN, S. I. — Publicaciones «CRISTIANDAD». — Barcelona, 1949.

«Estando oprimida la Iglesia por el yugo cesáreo, durante los tiempos próximos a su nacimiento, fué vista en lo alto por un joven emperador la cruz, presagio juntamente y causa de la gloriosísima victoria que luego se siguió. He aquí que hoy se presenta a nuestros ojos otra señal muy favorable y divina: el Corazón Sacratísimo de Jesús, con la cruz sobrepuesta, brillando entre llamas con vivísimo resplandor. En El se han de colocar las esperanzas, a El hay que pedir y de El hay que esperar la salvación de los hombres.» Así habló el Papa León XIII, de gloriosa memoria, en su encíclica «Annum Sacrum».

Al Reino de Cristo por la devoción al Corazón de Cristo. «¿Cabe obligación mayor y más urgente que la de evangelizar las inconmensurables riquezas de Cristo a los hombres de nuestra época? ¿Cabe cosa más noble que desplegar al viento las banderas del Rey ante los que siguieron y siguen banderas falaces, y reconquistar para el glorioso estandarte de la Cruz a los que lo han abandonado?» No son estas palabras de ayer. Las escribió Pío XII, felizmente reinante, en su primera encíclica, en la que señaló al reino de Cristo como principio, móvil constante y fin de su Pontificado.

Y día a día es más urgente y mayor la obligación de combatir por el Reino de Cristo. La apostasía de la moderna sociedad está conduciendo al género humano a su ruina espiritual y material. Las persecuciones purifican y salvan; el martirio es prenda segura de salvación eterna. Si grande es el dolor que debemos sentir por la Iglesia perseguida y mártir, ¿no debe ser aún inmensamente mayor el dolor que deberíamos sentir por los católicos que viven en la placidez de su aburguesamiento espiritual, incapaces de sentir el ardor del fuego que Cristo vino a poner en la tierra, arrastrados por el ambiente de una sociedad naturalizada y materialista, más cercanos a la apostasía que al martirio y a la herejía que a la verdad, olvidados que la Sagrada Escritura, por boca del paciente Job, nos recuerda de que la vida sobre la tierra es una perpetua guerra?

¿No son de temer, y mucho, el naturalismo y el liberalismo, que pueden acabar con nuestras vidas eternas? Desgraciadamente, ¡cuántos y cuántos católicos viven tan apegados a este destierro temporal que sólo son capaces de vibrar cuando se les presenta el fantasma comunista con su guadaña!

El mundo, abocado hacia tenebrosos abismos, necesita con urgencia el Reino de Cristo. Sólo en él está su salud. Todos los demás remedios han fracasado y fracasarán. ¡Es la hora de desplegar al viento las banderas de nuestro Rey! ¡Es la hora de la guerra sin cuartel para que la realeza de Cristo sea reconocida por todo el género humano!

CRISTIANDAD está en la brecha. Y movida por las consideraciones que hemos hecho no cesa en proclamar a Cristo Rey, en combatir al naturalismo y al liberalismo, más peligrosos que el mismo comunismo, «encarnizados enemigos del Reino de Cristo y al mismo tiempo insidio-

sísimos, infectos manantiales de todos los demás», como nos recuerda el P. Marín en el Prólogo de nuestra obra.

Y al Reino efectivo de Jesús sobre la tierra hay que llegar por la devoción a su Sagrado Corazón. Nos los han dicho y repetido los Vicarios de Cristo, Virreyes del Señor de los que dominan.

A clamar por ese Reino de Cristo viene el libro que acaba de publicar CRISTIANDAD. Y ve la luz en la encrucijada del Año Santo con la proximidad de la renovación de las consagraciones del género humano a los Sagrados Corazones de Jesús y de María; enclavada en un hito del camino la proclama de la Cruzada Internacional de Oración y Penitencia.

Como un llamamiento más para que el Año Santo no pase sólo con los esplendores de las pompas litúrgicas, con las multitudinarias peregrinaciones y con las repetidas canonizaciones que van diciendo al mundo de hoy que todavía se puede ser Santo. Todo ello es mucho, pero no lo es todo. El Año Santo hará que el mundo vuelva su atención hacia Roma. ¡Y Roma significa tanto!... ¡La vuelta de las naciones y de los hombres a Cristo y a su única y verdadera Iglesia! Ante la trascendencia del momento, ¿puede regatearse esfuerzo alguno para hacer comprender a todas las gentes, principalmente a los católicos, que tan grandioso objetivo no puede quedar en una frase bonita que flota en el aire y el viento se lleva?

El libro *Al Reino de Cristo por la devoción a su Sagrado Corazón* es un golpe más de la campana de CRISTIANDAD, que no cesará, con la gracia de Dios, de clamar, y que más terca estará en su llamamiento mientras más los hombres sigan los caminos de las tinieblas de hoy y más se acerquen al abismo.

Otra coyuntura favorable para nuestro libro es la próxima renovación de las Consagraciones a los Corazones de los Reyes del mundo universo, Jesús y María. ¡Consagración! ¿Nos damos cuenta exacta de lo que ello significa? Entrega sin condiciones, renuncia de uno mismo, lucha santa sin descanso. No es una formulita devota y bella. Es el acto de muchas, de muchísimas almas que se *consagran* a Cristo, con todas sus consecuencias. *Al Reino de Cristo por la devoción a su Sagrado Corazón* viene a decirnos el porqué de tal Consagración, lo que de ella se espera y lo que ella entraña y significa.

Y la última ocasión propicia para nuestro libro, que queremos señalar, nos la da la Cruzada Internacional de Oración y Penitencia. Esta Cruzada, pedida día a día con más insistencia desde Roma, y la oración del Año Santo, nos dicen, por si no nos bastara el desolador panorama del mundo, que los documentos pontificios que se recogen en *Al Reino de Cristo por la devoción a su Sagrado Corazón* tienen una palpiante actualidad, y que sus enseñanzas vibran hoy como remedio apremiante. Si en el tiempo de su aparición lo fueron, ¿no han de serlo muchísimo más hoy?

Y después de cuanto llevamos dicho, ¿es menester añadir que el prólogo, las notas y las introducciones del padre Marín son la adecuada y exacta réplica a los documentos pontificios recogidos en *Al Reino de Cristo*, la mayoría de ellos olvidados y todos no comprendidos ni arraigados en nuestros cerebros y corazones, cual si fueran substancia de nuestro ser, por una fatua presunción de que ya sabemos lo que nos dicen?

Luis Luna

DE ACTUALIDAD

Radiomensaje del Papa a los niños católicos norteamericanos. - Los católicos mejicanos disuelven una manifestación protestante. - Comunistas, protestantes y masones

Radiomensaje del Papa a los niños católicos norteamericanos

Su Santidad el Papa Pío XII dirigió el día 22 del pasado mes de febrero su tradicional radiomensaje a los niños de los Estados Unidos, con ocasión de la colecta anual en favor de los pequeñuelos víctimas de la guerra.

El Santo Padre hizo presente a sus infantiles auditores, la desgracia en que se encuentran tantos y tantos niños: "No tienen padre ni madre, porque murieron en la guerra; no tienen hogar, porque fué destruído por las bombas... ¿Dónde pueden estudiar, y rezar, y jugar en paz, a salvo de los peligros que les acechan en las calles? ¿Dónde aprenderán a conocer y a amar a Dios Nuestro Señor, que les ama tan tiernamente?"

El Papa puso palabras de afecto para los "dos millones y medio de corderitos del rebaño de Cristo, protegidos solícitamente en el recinto de las escuelas católicas, construídas con los sacrificios de vuestros padres y de vuestros sacerdotes... Ojos sonrientes, caritas alegres que se levantan para saludarnos y contarnos tantas cosas..."

Y añadió el Romano Pontífice: "Cada año habéis contribuído con vuestras pequeñas limosnas, convertidas luego en alimentos, vestidos y hogares para vuestros hermanitos menos afortunados. Y lo que es mejor aún, vuestras contribuciones han ayudado a alejar a estos niños y niñas de muchas tentaciones. *Estamos en el Año Santo, el año en que la Iglesia pide a todos, también a los pequeñuelos, que hagan más penitencia y mortificación*; con estos sacrificios bien podréis sobrepasar vuestros espléndidos donativos de los años anteriores."

El Papa terminó su alocución exhortando a sus pequeños oyentes "a comenzar a ser santos desde ahora" e impartiendo la Bendición Apostólica, lo mismo que a sus padres y maestros.

Para darse cuenta de la importancia de esta campaña de donativos, fruto de la mortificación de los escolares estadounidenses, hemos de recordar que en la misma toman parte unos tres millones de niños de todo el país, bajo el patrocinio de la Jerarquía eclesiástica.

Los católicos mejicanos disuelven una manifestación protestante

Continúa incansablemente la actividad de los protestantes en Hispanoamérica. Provisos de abundantes fondos y apoyados por la influencia política y económica que se ejerce desde los Estados Unidos, los propagandistas de la secta se han introducido arteramente en los países americanos —en mayor escala aun que en las naciones católicas europeas—, con la finalidad de descristianizarlos y entregarlos inermes en manos de ciertos dirigentes que tras los bastidores intentan sojuzgar y esclavizar a la humanidad.

Contra tales intentos, se levanta sin embargo a menudo el auténtico pueblo, víctima de las complacencias cuando no claras complicidades de sus gobernantes, el cual, ante los sacrílegos insultos e inicuas provocaciones de los asalariados de la secta, ha de poner término a tanta infamia y a tanta iniquidad.

Recientemente en el pueblo mejicano de Tixtla, los protestantes tuvieron la osadía de repartir invitaciones a los fieles a la salida de la iglesia, para asistir a una asam-

blea presbiteriana, bajo el título de "Presbiterio del Pacífico". Dicha asamblea había sido preparada convenientemente, mediante la concentración en el pueblo de referencia, de individuos llegados de otros pueblos con el fin de dar sensación de fuerza entre los vecinos.

Comenzó la asamblea con denuestos para nuestra Santa Madre la Iglesia, lo que dió lugar a una fulminante réplica de los habitantes de Tixtla, quienes penetraron decididos en el interior del recinto disolviendo rápidamente la reunión, originándose un ligero tumulto en el que se repartieron palos y bofetadas.

El Párroco del lugar acudió al lugar de la frustrada asamblea con el ánimo de aplacar a los contendientes. Allí encontró subido en lo más alto de una pared a un presbiteriano, al que convidó a bajar asegurándole que nada le pasaría. El presbiteriano dejó su incómodo refugio, pero al hallarse a salvo se desató en improperios contra el reverendo sacerdote.

Ahora los protestantes norteamericanos han difundido la especie de que los habitantes de Tixtla los atacaron con machetes y rifles, y acusan al vicario de la parroquia de haber organizado la acción que puso término a las tentativas sectarias contra un pueblo católico; lo que no deja de ser un pobre ardid, ya que dicho vicario se hallaba precisamente aquel día en la iglesia filial de Almolonga, situada a bastante distancia de Tixtla.

Comunistas, protestantes y masones

Varios masones italianos elevaron, al parecer, su protesta ante John H. Cowles, titulado Soberano Gran Comendador del Consejo Supremo del grado 33 del rito escocés antiguo y aceptado, por el nombramiento de Franco Moroli como secretario general de la rama italiana de dicha secta. Según las noticias que poseemos, a raíz del citado nombramiento fué enviado a dicho "Soberano gran Comendador" un extracto del expediente judicial de Moroli, en el que constan diversas condenas por crímenes cometidos en Italia. Sin embargo, John H. Cowles ha confirmado en su nuevo cargo al "hermano" Moroli.

El propio jerarca de la masonería ha designado a Carlo Martelli para el cargo de Soberano gran Comendador de la masonería italiana.

Lo que llama preferentemente la atención en tales nombramientos, es el hecho de que tanto Moroli como Martelli pertenecen a la secta protestante metodista. Moroli, además, estudió en uno de los seminarios metodistas de los Estados Unidos.

También hemos de recordar que el tal Moroli se ha destacado en Italia como propagandista entusiasta de las ideas comunistas, y como acérrimo defensor de los elementos sectarios que procedentes de Norteamérica pululan por todo el territorio italiano.

Tales nombramientos constituyen un indicio más de los estrechos ligámenes que unen a la masonería con el protestantismo y el comunismo en su lucha común contra la Iglesia de Jesucristo, lucha que en los instantes actuales parece adquirir especial virulencia en Italia, al socaire probablemente de los dólares del Plan Marshall, prodigados sospechosamente por el gobierno estadounidense, y gracias a los cuales los elementos protestantes pretenden convertir la península italiana en tierra abonada para sus nefastos objetivos.

J. O. C.

Martín Oliva

SOCIEDAD ANÓNIMA

Tejidos Algodón



Bailén, 68
Teléfono 25 05 87

BARCELONA

INASA

Inmuebles y Aprovechamientos Hidráulicos, S. A.



San Francisco, 14, pral., 1.º
TARRAGONA

*L*a Parroquia, con sus dependencias
Sociales, es el centro de la vida
católica.

V. H.

**AL REINO DE CRISTO
POR LA DEVOCION
A SU SAGRADO CORAZON**

DOCUMENTOS PONTIFICIOS



PUBLICACIONES
CRISTIANDAD
1949

Texto íntegro de las Encíclicas de
LEÓN XIII: ANNUM SACRUM
TAMETSI FUTURA
Pío XI: UBI ARCANO
QUAS PRIMAS
MISERENTISSIMUS REDEMPTOR
Pío XII: SUMMI PONTIFICATUS

Prólogo, introducciones y notas, originales
del P. H. Marín, S. I.

PRECIO: 30 Ptas.

Edición latino - castellana

PRECIO: 45 Ptas.

EN PRENSA: «Sor María del Divino Corazón»



Talleres
NOTARIO
INDUSTRIA MECANICA

CADENAS, PEDALES
y CARRETES para
bicicletas, marca
«NOTARIO»

Calle Sagrañes, 22 - Tel. 231560 - BARCELONA (Sans)



*Visite las Cuevas
de Artá*